

02.

Descampesinistas contra campesinistas: una polémica marxista en torno al campesinado mexicano

*Descampesinistas against campesinistas:
a Marxist polemic on the Mexican peasantry*

recepción: 16 de agosto 2022
aceptación: 23 de septiembre 2022

Luciano Concheiro San Vicente
Universidad Nacional Autónoma
de México

Resumen

Durante los 70, tuvo lugar en México una intensa discusión sobre la caracterización y el futuro de los campesinos. Este artículo tiene como objetivo brindar un panorama de este debate intelectual, el cual llegó a ser conocido como la polémica entre los descampesinistas y los campesinistas, es decir, entre aquellos que creían que los campesinos desaparecerían porque el capitalismo los transformaría en proletarios, y entre aquellos que pensaban que los campesinos sobrevivirían en tanto el capital necesitaba de ellos. Concentrándose en la obra de uno de los protagonistas más importantes de la polémica, el antropólogo mexicano Roger Bartra, se estudian en términos generales los distintos planteamientos que se hicieron sobre los campesinos y el mundo agrario mexicano, muchos de los cuales fueron realizados desde el marxismo. Asimismo, se analiza la forma en la cual las diversas posiciones teóricas se vinculaban con los movimientos campesinos que sucedían en México durante esa década.

Palabras clave: Descampesinistas, campesinistas, marxismo, Roger Bartra, historia intelectual

Abstract

During the 1970s, there was an intense discussion in Mexico about the characterization and future of peasants. This article aims to provide an overview of this intellectual debate, which came to be known as the controversy between *descampesinistas* and *campesinistas*, that is, between those who believed that peasants would disappear because capitalism would transform them into proletarians and those who thought that peasants would survive as long as capitalism needed them. Focusing on the work of one of the most important protagonists of the polemic, the Mexican anthropologist Roger Bartra, this paper studies the different approaches adopted regarding peasants and the Mexican agrarian world, many of which were based on Marxism. In addition, it analyzes the way in which the different theoretical positions were linked to the peasant movements that were taking place in Mexico during that decade.

Keywords: Descampesinistas, campesinistas, marxism, Roger Bartra, Intellectual History

Introducción

Durante la década de 1970, el espectro de Zapata, el movimiento campesino, volvió a manifestarse en México. No lo había hecho con tal fuerza desde finales de los treinta, durante el cardenismo. Las movilizaciones fueron diversas y sucedieron en prácticamente todo el país. Se exigían tierras, se pedía mejorar el precio de los productos agrícolas, se combatía a los caciques locales, se protestaba contra la política agraria gubernamental, se fundaban nuevas organizaciones campesinas. Hubo marchas, huelgas de hambre, bloqueos de carreteras y, para la alarma de muchos, tomas e invasiones de tierras.

Los distintos actores políticos —el gobierno, los partidos de oposición, las guerrillas y demás organizaciones— respondieron de una forma u otra a esta insurgencia campesina. También los intelectuales. Durante los setenta, en México tuvo lugar una intensa discusión sobre la caracterización y el futuro de los campesinos. La realidad hizo que

emergiera una serie de preguntas: ¿Cómo funcionaba el mundo agrario? ¿Qué eran los campesinos? ¿Proletarios, semiproletarios, pequeñoburgueses o algo más? ¿Eran una clase social por sí mismos? ¿Acabarían desaparecidos debido al avance del capitalismo y de la agricultura industrial? ¿O, por el contrario, siempre existirían porque el capitalismo los explotaba y, por ende, los necesitaba? Fue una discusión académica y altamente teórica, nutrida sobre todo por el marxismo. Sin embargo, también tenía un marcado trasfondo político. Los diversos postulados teóricos implicaban un posicionamiento en el campo político del momento. Argumentar que los campesinos desaparecerían o que seguirían existiendo conllevaba tomar una postura sobre el rol que podían (y debían) tener en la política como sujeto social. Por decirlo en términos de la época, lo que estaba sobre la mesa era si los campesinos eran una fuerza reaccionaria o, por el contrario, revolucionaria.

En 1977, Ernest Feder dio nombre a la discusión: la polémica entre campesinistas y

descampesinistas.¹ El economista de origen alemán afirmaba que entre los científicos sociales mexicanos existía un debate sobre la permanencia o la eventual desaparición de los campesinos. Argumentaba que básicamente había dos bandos. Por un lado, estaban los campesinistas, para quienes la agricultura capitalista necesitaba explotar a un gran sector de campesinos minifundistas para sobrevivir, ya fuera apropiándose del excedente generado en las parcelas o aprovechando la mano de obra barata. Desde esta perspectiva, el capitalismo tendía a regenerar y preservar el sector campesino. Por el otro lado, estaban los descampesinistas o proletaristas, quienes argumentaban que los campesinos terminarían desapareciendo porque el capitalismo tendía a convertirlos en asalariados sin tierra, en proletarios rurales. Feder, que era especialista en economía agrícola, se inscribía a sí mismo dentro de este segundo bando. Concluía su texto aseverando que era un mito romántico creer que los campesinos se regenerarían o resurgirían bajo el capitalismo: debido a la expansión capitalista propiciada por empresas transnacionales y a la adopción de nuevas tecnologías, afirmaba, las agriculturas de los países subdesarrollados como México tarde o temprano terminarían convirtiéndose en agriculturas sin gente (Feder, 1977: 1439-1446; 1978: 42-51).

El problema de la condición y caracterización del campesino mexicano no era un

problema nuevo. Existía una larga tradición intelectual dentro de la antropología, en su mayoría realizada por académicos angloparlantes, que se habían dedicado a estudiarlo (Krantz, 1977: 87-98; Hewitt, 1984). El antropólogo estadounidense Robert Redfield esbozó, desde la década de 1930, una teoría del cambio social y cultural que ponía, en un extremo, a las sociedades rurales o “folk” y, en el otro, a las sociedades modernas urbanas (Redfield, 1930; 1941: 293-308; 1956). La sociedad folk, dentro de la cual incluía a los campesinos, solía estar aislada, sus miembros mantenían poca relación con otros grupos y estaba conformada por familias y no por individuos. Generalmente no había comercio con ánimo de lucro. La mente folk tendía, según Redfield, hacia lo personal y lo emocional más que al pensamiento causal (causa-efecto). Por eso, era común la proliferación de ideas religiosas y simbólicas entre sus miembros

¹ La revista *Comercio Exterior* era publicada por el Banco Nacional de Comercio Exterior (Bancomext). Francisco Suárez Dávila, subsecretario de Hacienda y, por lo tanto, suplente del presidente del Consejo de Bancomext durante el sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988), cuenta una anécdota que muestra el alcance de la revista: “Bromeábamos que en ese momento era más conocido [Bancomext] en América Latina por su prestigiada revista *Comercio Exterior* que por su papel de banco” (Suárez, 2017).

(Redfield, 1947).² A partir de esta caracterización ideal realizada por Redfield, diversos autores analizaron al campesino desde un punto de vista cultural.

En la década de 1950, el antropólogo estadounidense Eric Wolf desarrolló una concepción del campesino que más bien ponía énfasis en el aspecto económico. Desde esta perspectiva, el campesino estaba definido no por una cultura compartida, sino por ser un productor agrícola dueño de la tierra en la que trabaja y que, al contrario del *farmer*, produce esencialmente para su subsistencia y no para obtener una ganancia (Wolf, 1955; 1966).

En términos teóricos, los estudios agrarios dieron un giro en la década de 1970 cuando un grupo de científicos sociales mexicanos comenzó a utilizar el concepto de modo de producción y otras categorías provenientes del marxismo, como renta de la tierra y clases sociales, para analizar la economía campesina. El marxismo ortodoxo, promovido desde la Unión Soviética, había tendido a relegar al campesino, como categoría analítica y como sujeto social, a un lugar secundario: se solía concebir como un actor político conservador, a la sombra del proletariado, el único sujeto genuinamente revolucionario. Sin embargo, a mediados de la década de 1960 y principios de 1970, circularon algunos textos de Karl Marx, que hasta entonces fueron poco leídos o no se conocían, que

le permitieron a los marxistas mexicanos y latinoamericanos analizar problemas relevantes para su contexto local, tales como la cuestión agraria desde una nueva perspectiva. Por ejemplo, el hasta entonces poco popular tomo III de *El Capital* puso sobre la mesa la discusión sobre la renta de la tierra, problema fundamental para explicar el funcionamiento de la economía campesina. Por otra parte, el texto *Formaciones económicas precapitalistas* de Karl Marx, que hasta 1965 no se conocía en el ámbito hispanohablante, introdujo el concepto “modo de producción asiático”, el cual había permanecido olvidado durante décadas.³ Este permitió desestabilizar la concepción unilineal y etapista de la historia defendida por el marxismo ortodoxo, que afirmaba que todas las sociedades debían pasar por cinco modos de producción (comunismo primitivo → esclavismo → feudalismo → capitalismo → socialismo), y abrió la posibilidad de pensar múltiples desarrollos históricos más allá de la realidad europea. Además, desencadenó un enorme interés sobre los modos de producción y, particularmente, sobre qué

² Hubo varias críticas a la teoría del continuum folk-urbano desarrollada por Redfield. Una de las más conocidas es la hecha por el antropólogo estadounidense Oscar Lewis, quien, al igual que Redfield, estudió el caso de Tepoztlán (Lewis, 1951).

³ Sobre el tema, véase: Dunn, 2012.

sucedía cuando distintos modos de producción interactuaban. Como apuntó Arturo Warman, sin estas problemáticas “no se hubiera llegado a plantear el comportamiento económico del campesinado como algo específico, racional y productivo” (1983). La idea de que distintos modos de producción —fueran no capitalistas o capitalistas— podían coexistir abrió la posibilidad de explicar la supervivencia del campesinado en México, y de generar explicaciones propias desde el marxismo sobre los campesinos y el mundo agrario. Esto se vio fomentado gracias al marxismo estructuralista, promovido por el filósofo francés Louis Althusser y otros, que estaba en boga durante esos años, el cual insistía en que el materialismo histórico era una teoría general de los modos de producción enfocada en el análisis de las estructuras económicas.⁴

Dicho lo anterior, este artículo tiene como objetivo brindar un panorama general de la polémica entre campesinistas y descampesinistas que tuvo lugar en México a lo largo de la década de 1970. Concentrándose en la obra de uno de sus protagonistas más importantes, el antropólogo mexicano Roger Bartra, se estudian en términos generales los distintos planteamientos que se hicieron sobre el mundo agrario en esa época, muchos de los cuales fueron realizados desde el marxismo y se enfocaron en la cuestión campesina. Asimismo, se analiza la forma en que las di-

versas posiciones teóricas se vinculaban con los movimientos campesinos que sucedían en ese momento.

Es bien sabido que el marxismo-leninismo, y en concreto personajes como Lenin y Stalin, desconfiaban de los campesinos. Los veían como una fuerza conservadora, demasiado apegada a la tierra, que impedía la modernización. Esta visión negativa fue cuestionada por varios autores, entre ellos Mao Zedong. Esa desviación tuvo consecuencias políticas que son palpables hasta el día de hoy. En términos teóricos también fue central porque significó la universalización del marxismo. Como explica Slavoj Žižek: “este es el movimiento de la “universalidad concreta”, esta “transubstanciación” radical por la cual la teoría original tiene que reinventarse en un nuevo contexto: sólo sobreviviendo a este transplante puede emerger como efectivamente universal” (2010: 10). En este artículo, precisamente, se explora una de las formas en las cuales el marxismo se reinventó en el contexto mexicano de los 70, a través de la discusión sobre la cuestión campesina. Visto desde este ángulo, de lo que se trata es de dar cuenta del capítulo mexicano del proceso de desviación-universalización del que habla Žižek.

⁴ Sobre la “moda” Althusser, véase: Illades (2017).

Roger Bartra y el modo de producción mercantil simple

La Comisión del Río Balsas fue creada por el gobierno mexicano en 1960. Tenía como objetivo fundamental fomentar la irrigación y el desarrollo agrícola de la región de la cuenca del río Balsas por medio de múltiples proyectos, entre los que estaban la construcción de presas, escuelas, unidades médicas y un puerto. Era encabezada por el expresidente Lázaro Cárdenas, quien fungía como vocal ejecutivo. Su hijo, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, con 26 años en ese momento, estaba a cargo del Comité de Estudios de la Cuenca del Río Balsas, creado para apoyar las labores de la Comisión. En este Comité de Estudios trabajaban distintos antropólogos, entre los cuales estaba Leonel Duran Solís.

Roger Bartra y Leonel Durán Solís se conocían porque eran parte de la célula del Partido Comunista Mexicano de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en la cual también militaban personajes como Guillermo Bonfil Batalla. Leonel Durán Solís invitó a Roger Bartra (quien justo había decidido dejar de estudiar arqueología e inscribirse en la licenciatura de antropología social) a sumarse al Comité de Estudios de la Cuenca del Río Balsas. El joven estudiante comenzó a trabajar en 1965. Resultó idóneo para él porque así pudo realizar el trabajo de campo necesario para su tesis de titulación, la cual

presentaría un par de años después con el título: “Ensayo sobre el Desarrollo Social y Económico en la Zona de la Desembocadura del Río Balsas”. Durante el tiempo que pasó en la Comisión del Río Balsas fue que Roger Bartra se adentró a los temas agrarios. Hasta entonces, se había dedicado a estudiar las antiguas sociedades americanas desde una perspectiva marxista, empleando categorías como el modo de producción asiático.⁵

En esa misma época, Roger Bartra conoció al escritor venezolano Domingo Miliani, quien entonces vivía en México. A través de él entró en contacto con una comunidad de venezolanos, quienes le ofrecieron trabajo en su país. Según recuerda, le parecía que en esos momentos existía en México un ambiente intelectual y político asfixiante. Presentía que, siendo una persona con una abierta militancia comunista, le costaría encontrar trabajo (Concheiro y Rodríguez, 2015: 141). Por ello, decidió aceptar la oferta de mudarse a Venezuela. De 1967 a 1969 dio clases de Antropología en la Facultad de Humanidades de la Universidad de los Andes y dirigió un proyecto de investigación

⁵ Como ejemplo de esto, puede consultarse: R. Bartra (1964).

⁶ Para consultar sus investigaciones publicadas durante aquellos años, véase: R. Bartra, Alcalá y Gavidia (1970), y R. Bartra (1971).

sobre el campesinado en la región andina, ubicada en la frontera con Colombia.⁶ En el ámbito político, durante ese tiempo participó en ciertas actividades del Partido Comunista de Venezuela y se acercó al grupo que, en abierta oposición al modelo soviético y al cubano, fundaría el Movimiento al Socialismo (MAS) unos pocos años después (Concheiro y Rodríguez, 2015: 141).⁷

En 1970, Roger Bartra viajó de Venezuela a Inglaterra, con la idea de estudiar un doctorado en antropología en la London School of Economics o en la Universidad de Londres. Ninguno de los programas de estudio le interesó.⁸ El historiador Enrique Semo, con quien había trabajado en la revista *Historia y Sociedad*, le consiguió una beca para estudiar en la República Democrática Alemana (RDA). Decidió visitar la RDA, la cual no conocía, antes de aceptar la oferta. Según recuerda, encontró un ambiente intelectual marcado por el dogmatismo y la cerrazón. Poco antes había tenido lugar la invasión de Checoslovaquia por los países miembros del Pacto de Varsovia, lo que generó una palpable tensión entre los intelectuales alemanes. Según recuerda Roger Bartra, durante ese viaje se reunió con el historiador Friedrich Katz, quien estaba dando clases en la Universidad Humboldt de Berlín, y lo disuadió de mudarse a la RDA bajo el argumento de que el dogmatismo hacía realmente difícil el trabajo intelectual. Decidió,

entonces, irse a París (entrevista a Roger Bartra, abril 2022).

Roger Bartra se inscribió en el doctorado en sociología de La Sorbona en 1970. En un principio, el antropólogo Maurice Godelier, a quien conocía de forma epistolar porque lo había incluido en una antología que preparó sobre el modo de producción asiático, sería su director de tesis (Bartra, R., 1969). Sin embargo, no tenía las acreditaciones necesarias para hacerlo. Así que lo puso en contacto con Pierre Monbeig, un geógrafo conocido por sus trabajos sobre Brasil, quien acabó fungiendo formalmente como su director de tesis (Bataillon, 2005: 73). En realidad, Monbeig no trabajaba temas relacionados a México. Por ello, él mismo le sugirió también pedirle apoyo a Michel Gutelman, especialista en México que estaba por publicar su libro *Réforme et mystification agrarien en Amérique Latine. Le cas du Mexique* [1971] (Gutelman, 1974).

⁷ A la postre, este acercamiento acabaría siendo fundamental para Roger Bartra, porque fue su primer contacto con las ideas socialdemócratas que más adelante en su vida abanderaría y emplearía para realizar una crítica del comunismo. Sobre las mutaciones ideológicas de Roger Bartra, véase: Illades (2021).

⁸ Durante esa estancia en Londres, escribió un ensayo relacionado al MPA, titulado: “Tributo y tenencia de la tierra en la sociedad azteca”. Fue reproducido en R. Bartra (1975d).

Gutelman encabezaba un seminario sobre la cuestión agraria, al cual asistió Roger Bartra durante su estancia en París. Este seminario resultaría significativo, porque en él se adentró al problema de la renta de la tierra, el cual ocuparía un lugar central en sus interpretaciones sobre el campesinado mexicano y, posteriormente, en las polémicas sobre el tema (entrevista a Roger Bartra, abril 2022).

En realidad, Roger Bartra estuvo tan solo un corto periodo en Francia, de 1970 a 1971, durante el que fue su primer año de doctorado. Sin haber escrito su tesis, regresó a México y se incorporó como investigador al Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México, el cual había firmado un convenio con el organismo descentralizado Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital (PIVM). Esta institución fue creada en 1951 por el gobierno mexicano federal para fomentar proyectos de desarrollo. Asimismo, se encargaba de coordinar las inversiones que se realizarían en la región en infraestructura y desarrollo rural por distintas secretarías de estado, de dependencias como el Instituto Nacional Indigenista y de instituciones internacionales como el Instituto Indigenista Interamericano. Uno de los objetivos fundamentales del PIVM era impulsar investigaciones en torno a los problemas que aquejaban a las comunidades indígenas hñähñus que habitaban en la región y buscar formas de mejorar su nivel de vida.

En última instancia, este organismo seguía una larga tradición de política indigenista del estado mexicano: lo que buscaba no era propiciar la autogestión, sino desarrollar el Valle del Mezquital e incorporarlo a la dinámica económica y política nacional (Moreno, Garret y Fierro, 2006: 44-45). Aunque formalmente operó como un organismo descentralizado, hasta su desaparición a principios de la década de los ochenta, funcionó como una instancia mediadora entre el gobierno federal y las comunidades indígenas y como un medio para combatir los cacicazgos locales.

Roger Bartra asumió el cargo de coordinador del proyecto de investigación “Las estructuras socioeconómicas y los sistemas de dominación en el Valle del Mezquital”. El proyecto, auspiciado por el propio PIVM y el IIS de la UNAM, duró dos años: 1972 y 1973. Participaron en él varios sociólogos y antropólogos como Sergio de la Peña, Julio Labastida, Luisa Paré, Eckart Boege, Pilar Calvo, Jorge Gutiérrez y Víctor Raúl Martínez Vázquez.⁹ El objetivo académico del proyecto era realizar trabajo de campo y estudiar las relaciones entre las distintas clases rurales, la estructura de poder en el campo, las formas de dominación y las estructuras de mediación, en particular el caciquismo. En aquellos

⁹ Algunos de los resultados fueron publicados en el libro colectivo R. Bartra *et al.* (1975b).

años, el PIVM estaba encabezado por Maurilio Muñoz Basilio (1922-1981), un profesor y antropólogo hñähñu quien, además de impulsar proyectos como la construcción de caminos, la excavación de pozos de agua y la construcción de centros de salud, combatió abiertamente a algunos de los más poderosos caciques del Valle del Mezquital (Nahmad y Sittón, 2009). Esto era un proceso más amplio: desde principios de la década de 1970, el gobierno federal, el Partido de la Revolución Institucional (PRI) y ciertas organizaciones cercanas al poder, como la Confederación Nacional Campesina (CNC), habían comenzado a alejarse políticamente de algunos viejos caciques rurales y a denunciarlos de forma abierta (Bartra, R., 1975a: 195-199).

La antropóloga Luisa Paré, quien participó en el proyecto de investigación en el Valle del Mezquital propiciado por el IIS de la UNAM y el PIVM, recuerda que llamaba al grupo de científicos sociales que lo conformaban el “Skylab” porque vivían en el cielo, de alguna manera aislados y sin ensuciarse las manos (entrevista a Luisa Paré, febrero 2022). Ella y algunos otros investigadores quisieron inclinar su trabajo hacia una actividad más política, la cual además fuera más allá de las ideas marxistas sobre la lucha de clases y prestara atención al conflicto étnico. Roger Bartra también recuerda que dentro de los investigadores hubo aquellos que querían usar los recursos para participar y apoyar actividades políticas. Él, como coordinador del proyecto, se negó e

insistió en que había ido al Valle del Mezquital a escribir un libro académico (entrevista a Roger Bartra, abril 2022).

A partir del trabajo de campo realizado en el Valle del Mezquital, sumado al que había hecho previamente en Venezuela y en la cuenca del río Balsas, Roger Bartra desarrolló una serie de planteamientos teóricos sobre el modo de producción mercantil simple y el campesinado mexicano. Algunas ideas las presentó de forma fragmentaria en ámbitos académicos y en algunas publicaciones breves.¹⁰ Sin em-

¹⁰ En 1971, Roger Bartra publicó un artículo sobre el agro en Venezuela en el cual comenzó a esbozar algunos planteamientos teóricos sobre las clases sociales en el campo. En el X Congreso Latinoamericano de Sociología, realizado en Santiago de Chile en 1972, presentó una ponencia titulada “Campesinado y poder político en México”, en la cual adelantaba algunas de las ideas del libro. Luego, en 1973, en respuesta a una ponencia de Fernando H. Cardoso, bosquejó ciertos puntos que retomaría. También en 1973 publicó un libro titulado *Breve diccionario de sociología marxista* (1973), en el cual hablaba de los campesinos y el “modo de producción mercantil simple”. En su intervención en el XLI Congreso Internacional de Americanistas presentó algunas de las ideas claves del libro *Estructura agraria y clases sociales en México* (1974a). Ese texto apareció, a manera de adelanto del libro, como “Modos de producción y estructura agraria subcapitalista en México”, en la revista *Historia y Sociedad*, a principios de 1974 (R. Bartra, 1971: 661-677; 1973; 1974b: 23-30; 1977: 282).

bargo, no se conocerían realmente sino hasta 1974 cuando apareció, bajo el sello de la editorial ERA, su libro *Estructura agraria y clases sociales en México* (1974a). Enrique Semo diría, en una temprana reseña sobre esta obra: “no es exagerado decir que hasta ahora, ésta es la aportación más importante al desarrollo del estudio marxista del problema agrario en México. Sin duda despertará numerosas polémicas e influirá decisivamente en muchos estudios agrarios futuros” (Semo, 1974: 106). No se equivocó. El libro de Roger Bartra fue ampliamente comentado y desencadenó una prolongada discusión. Dada su densidad teórica y su profuso contenido de fórmulas matemáticas, los números de ejemplares vendidos resultan sorprendentes: en diez años se vendieron unos 52,000 ejemplares. La primera edición, que fue de 10,000 ejemplares, se agotó en apenas un año (archivo editorial ERA).

En *Estructura agraria y clases sociales en México*, Roger Bartra realiza un análisis de la estructura agraria mexicana a partir de dos conceptos marxistas: clase social y modos de producción. Desde su punto de vista, no había que estudiar los modos de producción de forma aislada, sino entender los vínculos que se generan entre ellos y las contradicciones que resultan de esta interacción. Lo fundamental era la articulación de los modos de producción y las formas socioeconómicas que se generaban a partir de sus nexos. Es importante subrayar que en este aspecto seguía la línea de

autores marxistas estructuralistas como Louis Althusser, Étienne Balibar o Nicos Poulantzas, quienes planteaban que a partir de articulaciones específicas de los modos de producción es que surgían formaciones socioeconómicas concretas (Althusser y Balibar, 1965, 1969; Poulantzas, 1968, 1969). Pero también retomaba las ideas del boliviano René Zavaleta, quien planteaba que en América Latina existía un particular “modo de recepción” del capitalismo constituido por “un abigarramiento de diferentes modos de formas de producción” (*apud* Bartra, R., 1974b: 12).

Para Roger Bartra, en México coexistían dos modos de producción: el capitalista y el mercantil simple. La articulación de ambos daba lugar a una estructura agraria subcapitalista, es decir, una forma capitalista marcada por el subdesarrollo y la dependencia. El modo de producción mercantil simple era el de los campesinos. Roger Bartra bosquejaba sus características fundamentales. Su unidad básica son los integrantes de la célula familiar, quienes aportan su trabajo sin obtener salario. La mayoría de lo que se produce no se destina al autoconsumo, sino al mercado. El productor tiene los medios de producción, está involucrado en el proceso productivo y vende parte de su producción. Los precios son fijados por el mercado capitalista. La burguesía se beneficia del modo de producción mercantil simple extrayendo el plustrabajo de los campesinos. Quienes

aprovechaban en mayor medida esa explotación del campesino eran los sectores industriales, que usaban las materias primas y productos alimenticios. La economía campesina, vista así, constituía un modo de producción por sí mismo, con características singulares, el cual, aunque era explotado por el capitalismo, funcionaba bajo principios no capitalistas.

Al caracterizar de esta forma a la economía campesina, como un modo de producción singular, Roger Bartra seguía al pensador ruso Alexander Chayanov, quien a principios de siglo XX había planteado que los conceptos de la economía política clásica utilizados para analizar el capitalismo (tales como renta, plusvalía y ganancia) no funcionaban para explicar a los campesinos y que, por tanto, se debía generar una teoría de la economía campesina que realmente pudiera dar cuenta de su funcionamiento (Chayanov, 1966).¹¹ La obra de Chayanov, quien fue encarcelado y fusilado por el régimen estalinista en la década de 1930, prácticamente no fue conocida sino hasta mediados de los sesenta cuando Daniel Thorner, especialista en India, Basile Kerblay, estudioso de la economía y sociedad soviética, y R. E. F. Smith, historiador de la sociedad agraria rusa medieval, publicaron en 1966 una edición en inglés con parte importante de la obra de Chayanov (Stanziani, 2004). Gracias a este proyecto editorial la obra de Chayanov fue “redescubierta” y

comenzó a ser leída en distintas partes del mundo. Roger Bartra había comprado el volumen de Chayanov preparado por Kerblay, Thorner y Smith durante su estancia en Londres (archivo personal Roger Bartra). Lo leyó en 1971 y se convenció de que las ideas del populista ruso eran provechosas para explicar ciertos rasgos del campesinado mexicano (archivo personal Roger Bartra; entrevista a Roger Bartra, abril 2022).

Otro de los argumentos centrales del libro *Estructura agraria y clases sociales en México* (1974a) es que en el país se vivía una situación de acumulación primitiva permanente. Retomando los argumentos que en aquel entonces realizaban teóricos como Samir Amin, Roger Bartra afirmaba que la acumulación primitiva no era algo que había sucedido en un pasado remoto, en el origen, sino una operación contemporánea mediante la cual el capitalismo somete a los modos de producción precapitalistas (Amin, 1971). La acumulación primitiva permanente era, de hecho, la forma concreta en la cual el modo de producción capitalista y los modos de producción no capitalistas como el mercantil simple se articulaban.

¹¹ Roger Bartra compró en Londres el volumen de la obra de Chayanov preparado por Kerblay, Thorner y Smith. Lo leyó en 1971 y, posteriormente, escribió “La teoría del valor y la economía campesina: invitación a la lectura de Chayanov” (1975c: 524).

Bajo esta argumentación, los campesinos no estaban aislados, ni al margen, de la economía capitalista. Estaban completamente insertos en ella. Nada más que, a diferencia de los obreros que ofrecen su fuerza de trabajo al mercado, los campesinos ofrecen al mercado el resultado de su trabajo con la tierra. Ninguno de los dos, sin embargo, asigna los precios. Tanto el precio de los productos de la tierra como el del trabajo asalariado son asignados por el mercado. Por lo anterior, Roger Bartra hablaba del “carácter proletario” de la explotación de los campesinos, los cuales además vivían una condición pequeñoburguesa establecida por el modo de producción mercantil simple. En suma: el campesino no lograba ni ser burgués ni ser proletario. La forma en que participa en el sistema capitalista impedía a la masa campesina convertirse en burguesía y, al mismo tiempo, su carácter pequeñoburgués erradicaba su potencial revolucionario como proletariado. Bajo estas ideas, los campesinos no son proletarios con un pequeño pedazo de tierra, sino más bien “explotados como proletarios debido a su condición *pequeñoburguesa*” (Bartra, R., 1974a: 152).

Para Roger Bartra, al campesinado lo conformaban productores independientes que vivían esencialmente del trabajo en su parcela. Establecía dos divisiones: los medios y los acomodados. Los primeros, pueden mantener a su familia, pero no ahorrar. Los segundos, logran ahorrar y a veces su condición

puede parecer burguesa. Asimismo, había una gran masa de personas dedicadas a la pequeña producción agrícola que no se podía denominarlos campesinos. Eran, más bien, semiproletario o campesinos pauperizados. Roger Bartra establecía una distinción clara entre la burguesía agraria y el campesinado. En ese sentido, argumentaba que existía una clase campesina, la cual estaba definida por el modo de producción mercantil simple.¹² De esta forma, se diferenciaba de propuestas más ortodoxas como las de Ricardo Pozas e Isabel Horcasitas, para quienes solo existían la burguesía y el proletariado y, por tanto, los campesinos eran pequeña y mediana burguesía (Pozas y Horcasitas, 1971). Pero también se diferenciaba de aquellos autores como Rodolfo Stavenhagen, los cuales entendían las clases sociales en relación con la propiedad de la tierra y la extensión de la misma (Stavenhagen, 1969).

En *Estructura agraria y clases sociales en México* (1974a) se bosquejaba una narrativa histórica construida en torno a la renta de la tierra, problema que Marx tocaba en el tomo III de *El Capital*, y que durante los

¹² Aquí es importante señalar que, en aquellos años, había otros autores que estaban buscando pensar al campesinado a partir del concepto de modo de producción. Uno de ellos era el antropólogo Ángel Palerm, quien hablaba del “modo de producción campesino” (1980).

setenta se discutió ampliamente en el mundo francófono por autores como Pierre-Philippe Rey (1973, 1976) y Samir Amin (1975). Según la historia narrada por Roger Bartra, a finales del siglo XIX, tras una larga lucha por erradicar la propiedad comunal de la tierra, la economía terrateniente mexicana estaba transformándose en una economía empresarial capitalista por medio de las haciendas (la “vía junker”, en los términos propuestos por Lenin). Pero la Revolución mexicana de 1910-1917 y, en especial la reforma agraria, suspendieron el proceso de establecimiento de un capitalismo agrario basado en la gran propiedad. Se disolvieron los latifundios y se erradicó la mano de obra semiesclava del peonaje. Nacieron los ejidos y la pequeña propiedad privada o minifundios. No obstante, ciertas características del sistema ejidal impidieron que se desarrollara en México una agricultura capitalista de pequeños productores (la vía “farmer”). La tierra de los ejidos, por ley, no podía ser rentada. El Estado era el propietario de ellas y solamente la cedía a los ejidatarios en usufructo. Eso significó un “muro de contención” al desarrollo del capitalismo en México.

Esta particular estructura agraria, que Bartra denominaba la “vía mexicana”, resultó útil en términos políticos en tanto funcionó como un “colchón amortiguador” para el descontento social y, en buena medida,

permitió la estabilidad política del sistema mexicano. Sin embargo, constituyó un freno para el capitalismo. Se había conformado un importante número de pequeñas unidades de producción campesina, pero al no poder vender y rentar las tierras ejidales debido a la legislación existente, no se cumplió con una de las condiciones necesarias para la formación de una agricultura industrial: la concentración de la tierra. Los empresarios agrícolas lograban, a partir de distintas estrategias, realizar arrendamientos. Sin embargo, eso los obligaba a ceder parte de sus ganancias. Por esta razón, Roger Bartra vaticinaba que debido a que establecía un obstáculo vinculado a la tenencia de la tierra, el ejido tarde o temprano sería eliminado por el capitalismo. De hecho, argumentaba que la Ley Federal de Reforma Agraria de 1971 había sido un intento por modificar la situación jurídica para que no entorpeciera el desarrollo capitalista del campo mexicano.

Como ha señalado Cynthia Hewitt, en el pensamiento marxista de Roger Bartra desarrollado en *Estructura agraria y clases sociales en México*, el campesinado aparecía como una reminiscencia, como un remanente: como el residuo de un modo de producción precapitalista dominado y dependiente del capitalismo, pero que operaba bajo una lógica propia (1984: 135). Bajo estas ideas, el destino de los campesinos era

terminar desapareciendo. Como escribió el propio Roger Bartra:

[...] la relación *estructural* de la pequeña economía campesina con la gran empresa capitalista conlleva inevitablemente la desintegración, pauperización y proletarización de la primera. La situación de la agricultura mexicana presenta las huellas claras y frescas del proceso del desarrollo capitalista: su dinamismo destruye inevitablemente toda economía anterior (1974a: 45).

Empleando distintos datos de censos, Roger Bartra afirmaba que la proletarización del campesino ya estaba sucediendo. Apuntaba que el porcentaje de la población campesina en México sufría un rápido descenso y que eso solo continuaría hasta su erradicación. En términos políticos, veía con buenos ojos la desaparición de los campesinos. Comparando una posición política del marxismo de corte obrerista, pensaba que la revolución sería encabezada por el proletariado. Haciendo referencia a los dos lugares imaginarios de *Don Quijote de la Mancha* en los cuales Sancho Panza fue nombrado gobernador, Roger Bartra afirmaba:

Hoy en día los jornaleros rurales viven una época de transición, en cuanto a su lucha. Poco a poco, detrás de cada invasión de tierra, de cada marcha, de cada

manifestación y de cada protesta, irá apareciendo la lucha auténticamente proletaria: la que dirige sus golpes directamente contra la burguesía y sus representantes políticos; la que no solicita una Arcadia campesina ni una ínsula Barataria sino que quiere un nuevo mundo socialista; la que no pide reformas al sistema, sino que busca la toma del poder; la que no pide la tierra en pedazos, sino la tierra toda (1974a: 172).

En este sentido, solo cuando los campesinos se convirtieran en proletarios podrían convertirse en auténticos sujetos revolucionarios. Coincidió en esta cuestión con los planteamientos hechos por Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, obra en la cual se planteaba que el campesinado estaba en descomposición y que la vanguardia revolucionaria era la clase obrera (Lenin, 1974). Según argumentaba Roger Bartra en otro texto aparecido en esos mismos años, esto no significaba que apoyara o celebrara el desarrollo del capitalismo. Lo que hacían los marxistas como él, decía, era realizar una constatación y análisis de aquello que sucedía en la realidad (1975e: 79).

Entre la teoría y la práctica: los movimientos campesinos de los setenta

Durante la década de 1970, las discusiones sobre el campesinado en México sucedían en un momento concreto en el cual, por un lado, la agricultura mexicana estaba en crisis y, por el otro, ocurría una erupción de movimientos campesinos. La tasa de crecimiento de la producción agrícola comenzó a decrecer desde 1965. En 1970, 1972 y 1973 incluso tuvo tasas negativas de crecimiento. En términos generales, había un proceso de inflación y estancamiento del crecimiento económico. Se dio una mayor concentración del ingreso y el desempleo aumentó. La deuda externa creció. Las exportaciones de productos agropecuarios disminuyeron y las importaciones se elevaron en un momento en que el mercado mundial se estaba encareciendo. Esto agravó el proceso de inflación y propició que el déficit de la balanza de pagos se incrementara. Varios autores del momento apuntaban que el “desarrollo estabilizador”, el también llamado “milagro mexicano”, estaba terminando (Montes de Oca, 1977).

Si bien hubo resistencias campesinas y casos importantes de guerrilla urbana en las décadas previas, durante los setenta se dio una gran y diversa cantidad de movilizaciones campesinas. Leticia Reina Aoyama afirma que “las condiciones del país permitieron

una amplia movilización como no se había dado quizás desde la época cardenista” (2010: 49). Estaban las luchas, como la huelga de cañeros en Veracruz de 1972 o la de cacahuateros en Morelos, que buscaban mejorar los precios de sus productos. Estaban las que combatían el caciquismo que solían ejercer un control de los precios, muchas de las cuales terminaron con la ejecución de los caciques locales. Marchas como la famosa “marcha agraria” de entonces la Central Campesina Independiente (CCI), que partió el 10 de abril de 1972, en conmemoración del día que Emiliano Zapata fue asesinado, desde Puebla y Tlaxcala hacia la Ciudad de México para protestar en contra de la política agraria del gobierno. Y también estuvieron las tomas de tierras. Grupos de campesinos se organizaron e invadieron terrenos en prácticamente todos los estados del país. En el momento se hablaba que tan solo entre 1972 y 1973 se habían realizado 600 tomas de tierra (Montes de Oca, 1977).

Sobresalen algunos casos como los del Campamento Tierra y Libertad, que comenzó en 1973 en la Huasteca Potosina una lucha por el reparto de tierras, la abolición de los latifundios y por la construcción de un sistema de riego. Esta organización fue apoyada por algunos sindicatos y por estudiantes de la Universidad Potosina y de la Escuela Nacional de Agricultura —la cual en 1974, en el marco de estas luchas, se convertiría en la

Universidad Autónoma de Chapingo. Asimismo, sobresale la Coalición de Ejidos del Valle Yaqui y Mayo. En 1975, se organizaron una serie de tomas de tierras en la región del Valle del Yaqui en Sonora, que fueron reprimidas con extrema violencia. Tras el enfrentamiento, el gobierno se vio forzado a realizar una expropiación de varias decenas de miles de hectáreas de riego y agostadero.

Durante aquellos años surgieron una serie de agrupaciones independientes que se enfrentaron a las organizaciones campesinas oficiales, las cuales estaban ligadas al gobierno y habían ejercido un control en el campo mexicano desde hacía décadas. Una de las más conocidas fue la ya mencionada Central Campesina Independiente que, si bien había sido fundada unos años antes, en 1975 se transformó en la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), con el objetivo de defender los derechos de los campesinos, exigir que continuara el reparto agrario y conformar un sindicato de jornaleros agrícolas. En 1979, varias de las organizaciones independientes fueron aglutinadas en torno a la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA).

La discusión teórica sobre el campesinado estaba atravesada por estos acontecimientos. Los planteamientos conceptuales y metodológicos sobre los campesinos implicaban un posicionamiento en la esfera política

mexicana de ese entonces, en particular en el ámbito de las izquierdas. Asimismo, la discusión teórica académica influyó en los movimientos campesinos. Un ejemplo significativo es que en 1975 la Central Campesina Independiente (CCI) cambiara su nombre a Central Independiente de Obreros Agrarios y Campesinos (CIOAC). En este caso, Roger Bartra participó activamente e influyó en las reuniones, en las cuales se debatió la pertinencia de que la Central adoptara el término “obrerros agrícolas”, el cual era relevante porque materializaba la idea de los descampesinistas acerca de que los campesinos se estaban convirtiendo en proletarios. Este hecho demuestra que las discusiones sobre la proletarización del campo mexicano también influyeron, al menos nominalmente, a los movimientos campesinos. Existía, como afirma Armando Bartra, una dialéctica entre los movimientos sociales y las ideas teóricas que se estaban desarrollando en ese momento (entrevista a Armando Bartra, marzo 2022).

El tema del campesinado se discutió en diversos ámbitos políticos. Por ejemplo, en 1974 se debatió en el pleno del Comité Central del PCM cuál sería la postura del partido frente a las movilizaciones y organizaciones campesinas y, en concreto, cuál debía ser la relación con la CIOAC, organización liderada por Ramón Danzos Palomino que pugnaba, entre otras cosas, por la sindicalización de

los jornaleros agrícolas. Roger Bartra participó activamente en estas discusiones. En su intervención, que constituía una propuesta de programa agrario, hizo una presentación sobre el desarrollo del capitalismo en la agricultura mexicana. Insistió que se vivía una situación marcada por la sustitución de las formas mercantiles atrasadas por formas empresariales modernas y por la liquidación del campesinado. Planteaba que el fin de la explotación en el campo solo podría llegar con una revolución democrática y socialista. Sin embargo, creía que esta transformación no podía hacerse a partir de una posición campesina, sino que la debía encabezar el proletariado rural:

La clase obrera rural tiene ante sí un objetivo inmediato para desarrollar el potencial necesario y llevar a cabo la revolución: organizarse independientemente como proletarios para luchar contra su enemigo de clase, la burguesía rural; ello sólo lo puede lograr en estrecha alianza con el proletariado industrial urbano (Bartra, R., 1982: 122).

El programa agrario propuesto por Roger Bartra fue rechazado por el Comité Central del PCM. En las resoluciones políticas aprobadas tras el XVII Congreso Nacional del PCM, realizado en diciembre de 1975, se asumía una posición ambivalente frente al movimiento campesino que no puede

ser llamada propiamente descampesinista ni campesinista. Se reconocía la importancia del movimiento campesino, pero se llamaba a impulsar la unidad, para que las movilizaciones locales pudieran tener un alcance nacional. Con ello, se buscaba impulsar reformas en la legislación agraria, establecer organizaciones de campesinos y obreros agrícolas independientes del Estado y, finalmente, suprimir la gran propiedad privada de la tierra (Concheiro y Payán, 2014: 325).

Si bien el PCM aún no estaba legalizado y por tanto no podía participar formalmente en las elecciones presidenciales de 1976, decidieron que Valentín Campa, líder comunista y ferrocarrilero, volviera a hacer campaña como candidato. Dentro de la plataforma electoral propuesta se planteaba una serie de reivindicaciones vinculadas con los trabajadores del campo. Entre esta se incluía el repartir la tierra a quienes la trabajaran, impulsar la organización de cooperativas campesinas y, muy especialmente, mejorar la situación de los obreros agrícolas mediante la contratación colectiva, el respeto a la jornada de ocho horas, pago del salario mínimo, seguro social y otras prestaciones (Concheiro y Payán, 2014: 333-334). En esa época, varios miembros del PCM aún compartían la idea de que para liberar a los campesinos era necesaria una revolución democrática y socialista. El propio Valentín Campa compartía esta visión e insistía en la

necesidad de que los obreros y los campesinos se aliaran en una lucha común (Campa, 1978: 330).

Otros grupos de izquierda enarbolaban una posición descampesinista con mayor firmeza. Un caso significativo es el de la Liga Comunista 23 de Septiembre, una de las guerrillas urbanas más activas del momento.¹³ En el texto *Apreciaciones iniciales sobre el movimiento revolucionario en el campo*, aparecido en 1978 y firmado por Oseas — uno de los nombres de guerra de Ignacio Salas Obregón, de los principales líderes e ideólogos del grupo—, se hablaba del doble carácter de las luchas en el campo mexicano.¹⁴ Por un lado, veían la resistencia de los pequeños productores campesinos en contra de la proletarización incitada por el desarrollo capitalista. Por el otro, la lucha del proletariado agrícola contra la oligarquía financiera. Mientras que la primera les parecía una lucha propia del pasado, reaccionaria y destinada a fracasar, creían que la segunda era una lucha del futuro, revolucionaria y que terminaría por resultar victoriosa.

Ignacio Salas Obregón llamaba a los miembros de la Liga Comunista 23 de Septiembre a aprovechar la fuerza que el movimiento campesino estaba teniendo en ese momento. Sin embargo, insistía en que este ya no debía seguir una dirección pequeñoburguesa o campesina. Los campesinos se estaban

proletarizando, cada vez había más obreros agrícolas. El proletariado agrícola debía ser la vanguardia y su punto de vista tenía que ser aquel que imperara. “El proletariado es la única clase con posibilidades de ofrecer una salida real a la situación de opresión y miseria”, afirmaba Salas (1978: 12).

En términos concretos, asumía una posición crítica frente a las invasiones de tierras. En ellas se podía observar el doble carácter mencionado previamente. Eran reaccionarias porque formaban parte de una lucha que buscaba proteger o restablecer la pequeña producción. Pero, al mismo tiempo, tenían un carácter revolucionario proletario porque se convertían en una manera de hostigar al Estado burgués y en una “escuela de guerra” para los pobres del campo. En ese sentido, apoyaban las invasiones guiadas por el proletariado agrícola y aquellas que se enfocaban en las mejores tierras.

En el campo, creían, había que hacer lo mismo que en todas partes porque el movimiento revolucionario era uno solo. Tenía que fomentarse que los campesinos pobres y se-

¹³ Agradezco a Ariel Rodríguez Kuri el haberme señalado este aspecto. Sobre el tema, véase: Rodríguez Kuri (2021).

¹⁴ El texto, al parecer, fue escrito en septiembre de 1974 y reimpresso en octubre de 1978 (Salas, 1978).

miproletarios se sumaran a la lucha revolucionaria del proletariado y, así, generar una unidad. El objetivo último era derrocar a la burguesía y que el proletariado conquistara el poder político. Eso solo se lograría mediante una guerra civil revolucionaria prolongada. Por eso, en el campo, más que a realizar invasiones, se llamaba a crear comités revolucionarios y a consolidar organismos de masas que eventualmente se convirtieran en la base de un ejército popular.

Por otro lado, en términos más concretos, los planteamientos de campesinistas solían denotar un apoyo a los distintos movimientos campesinos que existían en México en ese momento, incluyendo los más polémicos como las tomas de tierra. Algunos teóricos campesinistas, como Armando Bartra, participaron de forma activa en los encuentros nacionales campesinos que dieron lugar en 1979 a la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) (entrevista a Armando Bartra, marzo 2022). Lo que buscaban era impulsar la creación de una organización nacional que pudiese, como su propio nombre lo indicaba, coordinar movimientos y organizaciones regionales. Entre las organizaciones que participaron en la fundación de la CNPA estuvieron la Unión de Comuneros Emiliano Zapata (Michoacán), la Organización Campesina Emiliano Zapata (Chiapas), la Unión de Pueblos de Morelos, la Unión de Ejidos Independientes de Sinaloa,

por solo mencionar unas cuantas. Algunas de las demandas que se enarbolaban colectivamente eran el reparto de tierras y la autonomía de los ejidos y comunidades (León y Marván, 1989: 40).

En una mesa redonda organizada en 1977 por la revista *Cuadernos Agrarios*, que será analizada más adelante, Armando Bartra afirmó que se podía establecer una clara distinción entre los autores que pensaban que el movimiento campesino estaba equivocado y los que, como él, pensaban que el problema eran los investigadores y sus teorías (1979a: 98). Desde su perspectiva, el movimiento campesino había crecido en paralelo a la investigación marxista sobre la cuestión agraria. Sin embargo, afirmaba que eran dos procesos divergentes, no complementarios. Señalaba que ciertos autores “supuestamente marxistas”, en realidad, nos alejaban de la comprensión de la problemática agraria. Denunciaba que estudiar el tema de las clases sociales en el campo había llevado a negarlas y darles la espalda:

Paradójicamente, cuando más insistían ciertos marxistas en definir a la mayoría de los trabajadores del campo como proletarios y semiproletarios, más se extendía y consolidaba la lucha rural por reivindicaciones campesinas. Cuanto mayor era la presencia política del campesinado, más se hablaba de su extinción (1979a: 98).

Por eso, convocaba a emprender investigaciones concretas que partieran del movimiento campesino y lo tuvieran como su objeto de estudio.¹⁵

En términos generales, los postulados campesinistas solían estar más cercanos políticamente al maoísmo que al leninismo. Si bien en sus planteamientos no siempre estaba presente una influencia teórica de la obra de Mao Zedong, la Revolución china y las guerrillas rurales constituían un referente político en tanto demostraban la importancia del campesinado como sujeto político. En este sentido, en un momento en el cual el conflicto sino-soviético aún se encontraba latente, los campesinistas más radicales estaban más cerca de China que del Partido Comunista de la Unión Soviética.

También formaban parte de los campesinistas intelectuales que durante esos años trabajaban en el gobierno mexicano, como Gustavo Esteva, Rodolfo Stavenhagen o Arturo Warman, por mencionar algunos. Estos autores, de cierta manera, representaban una corriente que existía dentro del gobierno mexicano de la época, la cual insistía en la importancia económica, política y cultural de apoyar al campo y a los campesinos. Por ejemplo, en el sexenio de Luis Echeverría (1970-1976), Gustavo Esteva tuvo un puesto ejecutivo en la Comisión Nacional de Suministros Populares (CONASUPO), empresa paraestatal que

se había concebido originalmente durante el cardenismo, como medio para regular la especulación mediante la compra por adelantado de productos y la instalación de almacenes. Durante el gobierno de Echeverría, el presupuesto de la CONASUPO aumentó notablemente y se impulsaron programas como la creación de una cadena de suministro para distribuir productos básicos subsidiados, la cual estaba compuesta por 18,000 tiendas minoristas administradas por los propios campesinos.¹⁶ En ese tiempo, simultáneamente, Esteva desarrolló una obra teórica, en la cual propugnaba lo que llamaba una “opción campesina” para el desarrollo del país y erra-

¹⁵ Siguiendo su propia sugerencia, Armando Bartra publicaría unos años después: *Los herederos de Zapata: Movimientos campesinos posrevolucionarios en México, 1920-1980* (1985).

¹⁶ Gustavo Esteva afirmó que en esa época casi se convirtió en parte del gabinete. José López Portillo era buen amigo suyo y le pidió que lo acompañara durante su campaña presidencial de 1976. Según recordaba, formaba parte del círculo más íntimo del entonces candidato y, en ese sentido, tenía posibilidades de que lo invitaran a ser secretario de Estado. Sin embargo, renunció a su carrera como funcionario público por dos razones. En primer lugar, los programas gubernamentales, aunque fueran buenos, causaban daño a las personas que buscaban beneficiar. En segundo lugar, siempre habría una discrepancia insondable entre los intereses del gobierno y los del pueblo (Paget-Clarke, 2006).

dicar la dependencia alimentaria: frente a la agricultura comercial o capitalista, fomentar la agricultura de los campesinos, la cual está basada en la comunidad rural (Esteva, 1978).

Por su parte, Rodolfo Stavenhagen fue el director y fundador de la Dirección General de Culturas Populares, entonces dependiente de la Secretaría de Educación Pública, que fue creada en 1978 con la idea de promover políticas culturales que promocionaran y desarrollaran las culturas populares de México, generadas por grupos históricamente marginalizados como los indígenas y los campesinos (Stavenhagen, 1979, 1986: 445-457). Por último, de 1977 a 1979, Arturo Warman fue director del Centro de Investigaciones del Desarrollo Rural (Cider), el cual dependía directamente de la Secretaría de Programación y Presupuesto. Su tarea principal fue impulsar investigaciones colectivas y evaluar los distintos programas públicos dedicados al desarrollo rural y los campesinos (Gallart y Rojas, 2004: 30). En esos años se realizaron varios de estos programas. Uno de los más ambiciosos fue creado en 1980: ese año el gobierno de José López Portillo, aprovechando los recursos obtenidos gracias al petróleo, impulsó el Sistema Alimentario Mexicano (SAM), una amplia estrategia que mediante diversas acciones buscaba tanto aumentar la producción agrícola para asegurar la autosuficiencia alimentaria, como apoyar el consumo y la distribución de alimentos

para combatir la desnutrición y el hambre (Pedroza, 2018: 21-48).

La dialéctica entre teoría y práctica política, existente en el debate entre descampesinistas y campesinistas que se ha buscado mostrar, puede percibirse con claridad en una breve discusión que se dio entre varios académicos, a principios de los ochenta, sobre cómo clasificar las distintas vertientes de la discusión sobre el campesinado. Mientras que unos querían dividirla por cuestiones netamente teóricas, precisamente otros llamaron a considerar los elementos políticos y estratégicos involucrados en las distintas posiciones.

Como se dijo en un inicio, quien por primera vez dio nombre a la discusión, aunque esta ya llevaba sucediendo desde hacía algunos años, fue el economista Ernest Feder, en un texto publicado en dos entregas a finales de 1977 y principios de 1978 en la revista *Comercio Exterior* (Feder, 1977: 1439-1446, 1978: 42-51). Desde su perspectiva, el debate giraba en torno al problema de las condiciones y el futuro de los campesinos. En ese sentido, distinguió dos grupos o trincheras: el campesinista y el descampesinista o proletarista. El primero planteaba que el capitalismo necesitaba explotar al campesino, tanto a través de apropiarse del excedente de trabajo y de los productos que venden, como a través de explotar la mano de obra barata sobrante. Así, la agricultu-

ra capitalista necesitaba de los campesinos para poder sobrevivir y por eso busca —y buscaría— regenerarlos. Esta posición, que buscaba proteger y fomentar el desarrollo de los campesinos, era defendida, en palabras de Feder, por una “alianza extraña”: por personas e instituciones provenientes de “un amplio espectro de tendencias políticas”, que iban desde el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, hasta cooperativistas pasando por fundaciones como la Ford, la Rockefeller y el CIMMYT. El segundo grupo, en cambio, argumentaba que los campesinos desaparecerían porque el capitalismo los estaba transformando en asalariados sin tierras, en proletarios rurales. Algunos criticaron los términos campesinistas y descampesinistas, puesto que les parecían reduccionistas y que no lograban expresar la diversidad existente (Paré, 1991: 13-14). No obstante, esta categorización se popularizó y los términos fueron extensamente utilizados para clasificar a los autores que discutían sobre el campesinado y la cuestión agraria durante esos momentos.¹⁷ Como decía irónicamente el título de texto del momento: “¿Campesinistas, descampesinistas o trabalenguas?” (Sandoval, 1979).

Tiempo después, en 1981, el economista Alejandro Schejtman, quien trabajaba en ese entonces en la CEPAL, propuso otra clasificación para los autores que discutían sobre la cuestión agraria, poniendo énfasis en los ele-

mentos teóricos e interpretativos y dejando en un segundo plano las cuestiones políticas o estratégicas. Partiendo de esto, veía la existencia de dos corrientes (Schejtman, 1981): la estructuralista, que partía de los conceptos de tamaño y tenencia de la tierra, y la histórico-estructural o del materialismo histórico, que se basaba en el concepto de relaciones sociales de producción.

En la corriente estructuralista incluía a investigadores cercanos al Centro de Investigaciones Agrarias (CDIA), como Sergio Reyes Osorio, Iván Restrepo, Emilio Alanís Patiño, Ramón Fernández y Fernández y Edmundo Flores, por mencionar algunos. Esta corriente estaba marcada, en términos teóricos, por seguir las ideas promovidas desde la CEPAL en los 60 sobre el rol de la agricultura en el desarrollo. Existían dos vertientes dentro de la corriente estructuralista: la productivista, que se enfocaba en aspectos técnico-productivos, y la agrarista, que se dedicaba a los problemas agrarios y de organización campesina.

¹⁷ Algunos autores que al hablar del debate sobre la cuestión agraria en los 70 utilizan los términos campesinistas y descampesinistas son: Hewitt de Alcántara (1984: 156-158), Zepeda (1988: 16-18), Canales (1988a: 63-81).

La corriente histórica-estructural o del materialismo histórico estaba compuesta por autores, aunque con diferencias, que compartían un mismo enfoque y marco conceptual. Según Schejtman, utilizaban conceptos provenientes del marxismo; creían que el mundo era un solo sistema, conformado por países arcaicos y feudales y por los modernos y capitalistas; aceptaban la teoría de la dependencia en el sentido de que veían que la creación de estructuras agrarias era parte de un proceso global mayor de subordinación de las economías periféricas; asimismo, estudiaban la cuestión agraria partiendo de las relaciones sociales de producción. El precursor teórico de esta corriente era Rodolfo Stavenhagen.

Dentro de la corriente histórica-estructural o del materialismo histórico entreveía tres vertientes. La primera era la marxista, que había iniciado con el trabajo de Michel Gutelman y, más importante aún, el libro *Estructura agraria y clases sociales en México*, de Roger Bartra, y que estaba caracterizada porque sus representantes partían de Marx y de otros autores marxistas como Lenin y Kautsky. Dentro de esta vertiente ubicaba dos tendencias, que diferían sobre el tema de la desaparición o descomposición de los campesinos. Una era la tendencia proletaria o descampesinista, que incluía a Roger Bartra, Luisa Paré y Héctor Díaz-Polanco. Otra la tendencia campesinista o

marxo-campesinista, a la cual pertenecían Armando Bartra, Luis Gómez Olivier y Gustavo Gordillo. La segunda vertiente de la corriente histórica-estructural era la de los campesinistas. Esta incorporaba ciertos elementos marxistas, particularmente el concepto de modo de producción, las ideas de Chayanov, y el trabajo de lo que en antropología Marvin Harris llamó el “materialismo cultural-economista”, como Julian Steward, Eric Wolf y Sidney Mintz. Los miembros de esta vertiente, entre los que destacaba Arturo Warman, insistían en la persistencia de los campesinos y en su potencial revolucionario. Por último, estaba la que se llamaba la vertiente ecléctica o tercenista, porque era una mezcla de distintas propuestas teóricas. Incluía en ella a Gustavo Esteva, Óscar González Rodríguez y Julio Boltvinik.

Poco tiempo más tarde, aparecería un ensayo de Ann Lucas que criticaba el intento de Alejandro Schejtman por clasificar en escuelas de pensamiento el debate en torno a los campesinos (Lucas, 1982: 371-383). Lucas argumentaba que no se podía separar la teoría de la política, que en este caso las dos estaban íntimamente vinculadas. Por eso, pensar la discusión solo en términos teóricos llevaba a confusiones e imprecisiones. Decía que se tenía que clasificar a los que participaron en ella, dependiendo de la posición que habían tomado con relación a los campesinos. No era un debate metodo-

lógico ni netamente académico; de lo que se trataba era del papel de los campesinos en el devenir político del país.

Retomando los términos propuestos por Feder, argumentaba que existían dos grupos: los campesinistas y los descampesinistas. En cada uno había discusiones y discrepancias, pero en última instancia compartían una misma posición estratégica. Los descampesinistas pensaban que los campesinos estaban condenados y que su rol en la transformación social era secundario. Siguiendo el modelo leninista de revolución, planteaban que si se quería construir una sociedad socialista lo mejor que podían hacer los campesinos era aliarse con el proletario urbano e industrial. Por el contrario, los campesinistas creían que los campesinos existen y continuarán existiendo y que su rol político es relevante. Incluso algunos hablaban de una “vía campesina” para llegar a una nueva sociedad. Entre los descampesinistas o proletaristas incluía a Roger Bartra, Fernando Rello, Francisco Gómez Jara, Luisa Paré, Ricardo Pozas, Sergio de la Peña y Ernest Feder. Entre los campesinistas ubicaba a Arturo Warman, Armando Bartra, Gustavo Esteva, Ángel Palerm y Rodolfo Stavenhagen.

Estos intrincados intentos de clasificación muestran la amplitud de la discusión y la enorme cantidad de autores que participaron en ella de una forma u otra. Pero, lo más

importante, dejan ver que lo teórico y lo político estaban irremediablemente entremezclados. Por más que se intentara clasificar los distintos planteamientos a partir de criterios exclusivamente intelectuales, como lo hizo Schejtman, siempre se mantenía soterrado un posicionamiento vinculado al rol político asignado a los campesinos.

Descampesinistas contra campesinistas en una misma mesa (y familia)

El libro *Estructura agraria y clases sociales en México* de Roger Bartra tuvo una rápida recepción. Pronto algunos autores como la antropóloga Luisa Paré y el sociólogo Gerardo Otero retomaron ciertas ideas esbozadas en el libro para analizar el mundo rural mexicano (Paré, 1975: 31-61; Otero, 1978: 31-46).¹⁸ Otros autores respondieron de forma crítica a los planteamientos realizados por Roger Bartra sobre el campesinado en México. Algunos hicieron críticas conceptuales en torno al uso que hacía de

¹⁸ Luisa Paré cambiaría más tarde su posición en el libro *El proletariado agrícola en México. ¿Campesinos sin tierra o proletarios agrícolas?* (1977). Otro autor que adoptó tempranamente las ideas de Roger Bartra fue Manuel Coello (1975: 3-19).

ciertos términos. Por ejemplo, el antropólogo y sociólogo Héctor Díaz-Polanco decía que Roger Bartra confundía plusvalía con ganancia y costo de producción con precio de producción, y afirmaba que sus fórmulas para calcular la renta diferencial y la renta absoluta tenían problemas (Díaz-Polanco, 1976: 115-119). Otros autores realizaron cuestionamientos más profundos. Bajo la idea de que en México solo existía el modo de producción capitalista, el economista Fernando Rello negaba la existencia de un modo de producción mercantil simple: afirmaba que Roger Bartra confundía “modos” con “formas” de producción y reprobaba el uso que hacía del término pequeñoburgués para definir al campesinado (Rello, 1976).

Por otro lado, estuvieron quienes desde distintas posturas criticaron la visión del campesino expuesta en *Estructura agraria y clases sociales en México*, porque les parecía que demeritaba la condición de los campesinos como fuerza histórica independiente. Este fue el caso del antropólogo estadounidense Robert Wasserstrom, antiguo participante del Harvard Chiapas Project. Para él, Roger Bartra, a quien denominaba “*l’enfant terrible* de la sociología mexicana”, estaba peligrosamente cerca de la especulación teórica y “las *grandes théories*” —es decir, del marxismo. Proponía, más bien, retomar los trabajos prácticos, construidos con una base

empírica. Llamaba a volver al trabajo de otros antropólogos estadounidenses como Eric Wolf, Manning Nash y Frank Cancian. Así, afirmaba que:

[...] entender al campesino no es tratarlo de reaccionario ni desear su proletarianización a través de las fuerzas superiores del capitalismo. Es vivir con él, hablar su idioma, aportarle nuestras reflexiones teóricas para que él nos instruya y nos critique. Sólo de esta manera lograremos nuestra meta principal: radicalizar las ciencias sociales, descentralizar la investigación científica y —hay que decirlo— desmitificar el papel del investigador, *gurú* de un marxismo académico e insensibile (Wasserstrom, 1976: 72).

Desde otra posición, el teórico Gustavo Esteva hizo una crítica velada a las ideas de Roger Bartra sobre el futuro de los campesinos y su lugar en la transformación del país (Esteva, 1976). Decía que había quienes llamaban a la desaparición del ejido y de la comunidad indígena para que así pudiera instaurarse el capitalismo en el campo mexicano. Esta postura la defendían quienes creían en la propiedad privada y el capitalismo para el desarrollo óptimo de la agricultura. Pero también los que buscaban propiciar el capitalismo para que los campesinos se transformaran en obreros y, así, las contradicciones del capitalismo

abrieran paso a un nuevo régimen.¹⁹ Aquí, sin decirlo, hacía una clara referencia a Roger Bartra.

Gustavo Esteva defendía el ejido como vía para construir un futuro no capitalista:

Su increíble supervivencia, que ha resistido tantos decenios de sistemáticos embates —de los que sale a menudo fortalecido—, puede atribuirse a la medida en que parece combinar con fortuna el pasado con el futuro. Sus raíces son antiguas: pueden localizarse en sistemas productivos anteriores a la conquista. Pero igualmente profundas son sus proyecciones al futuro, y no parece admisible el análisis que lo considera aún como una forma precapitalista (conforme al modelo mercantil simple, por ejemplo) (1976: 1320).

Desde su óptica, el ejido resultaba una negación del capitalismo y, al mismo tiempo, una nueva forma de organización colectiva. Y continuaba:

[...] es un ser vivo enraizado en nuestra historia, parte de nuestro ser, cuya muerte sería posible sólo con la simultaneidad de la nuestra. Es todavía más: en la agricultura es otra vía necesaria que un destino dolorosamente fabricado coloca ante nosotros (1976: 1321).

Roger Bartra contestó personalmente algunas de estas críticas. Además de refrendar los conceptos que empleaba y de acentuar algunas de sus ideas, insistía en que había que “liquidar cuentas con el pasado agrarista”, construir una visión proletaria del campesinado mexicano y establecer una clara distinción entre la burguesía y la pequeña-burguesía y el proletario (Bartra, R., 1976). Sin embargo, independientemente de la discusión que se generó de manera directa por la publicación del libro *Estructura agraria y clases sociales en México*, fue a partir de 1974 que se dio una polémica abierta entre, como Ernest Feder los llamó, los descampesinistas y los campesinistas.

La discusión tuvo lugar en distintos foros, a saber, en revistas de corte académico, como *Comercio Exterior*, del Banco Nacional de Comercio Exterior; *Cuadernos Agrarios*, del Departamento de sociología rural de la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo

¹⁹ Gustavo Esteva afirmaba: “Algunos apoyan esta tesis en la consideración de que el ejido es una supervivencia anómala de formas precapitalistas de producción que deben superarse. Se afirma, por ejemplo, que las comunidades rurales operan bajo el régimen de producción mercantil simple, forma típicamente precapitalista, aunque se hallen plenamente articuladas a la organización capitalista a través de diversos mecanismos” (1976: 1320).

y el Seminario sobre la cuestión agraria en México de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM; *Historia y Sociedad* del Partido Comunista Mexicano; *Nueva Antropología*; *Investigación Económica* o *Narxí-Nandhá*, del Comité Promotor de Investigaciones para el Desarrollo Rural (COPIDER). Asimismo, en libros publicados por editoriales dedicadas a las ciencias sociales y el pensamiento de izquierda como ERA, Siglo XXI, Macehual, El Caballito, Nueva Imagen y Juan Pablos, y en publicaciones periódicas que buscaban llegar a un público más amplio como *Nexos*, *Cuadernos Políticos*, *Siempre* y *Proceso*. Es importante subrayar que, como se analizará más adelante, el debate excedió los ámbitos netamente académicos e intelectuales. En medios informativos de organizaciones campesinas y sindicales, como el periódico *Zapata* de la CIOAC y la revista *Solidaridad* del STERM, también se publicaron textos relacionados con la discusión sobre los campesinos, y en espacios como los plenos de partidos políticos como el PCM y los foros de algunas organizaciones campesinas se comentaron las distintas posturas teóricas que estaban en disputa.

El debate generalmente se materializó en torno a un problema o concepto concreto. Uno de los casos más relevantes fue la discusión sobre la renta de la tierra.²⁰ Este tema se había planteado en la teoría de la economía clásica por David Ricardo a principios del

siglo XIX. A partir de entonces varios autores, incluido Marx, lo retomaron. El tema de la renta de la tierra era importante para los estudios de la cuestión agraria, porque permitía estudiar el funcionamiento del capitalismo en el campo. Mientras que no hay límites para construir nuevas fábricas, la tierra es un bien natural y escaso que, además, tiene propiedades distintas. El concepto de renta buscaba precisamente explicar cómo es que el capitalismo opera dadas las particularidades de la tierra. En ese sentido, para Marx estaba, por un lado, la renta absoluta y, por el otro, la renta relativa. La primera tiene que ver con la plusvalía que los terratenientes obtienen gracias al monopolio sobre la tierra. La segunda está relacionada con las propiedades

²⁰ La revista *Cuadernos Agrarios* dedicó un número doble al problema de la renta de la tierra, en 1979, que en su momento fue extensamente comentado. En el número monográfico apareció la versión al español de un conocido texto del economista ruso, de origen polaco, Ladislaus von Bortkiewicz, sobre las teorías de la tierra de Johann Karl Rodbertus y de Karl Marx. Además, se publicaron ensayos escritos por autoras y autores mexicanos como Edith Klimovsky, Blanca Rubio, Julio Mogel, Juan Castaingts Teillery y Armando Bartra. Cerraba con una extensa lista de publicaciones periodísticas y académicas sobre el problema agrario aparecidas recientemente, la cual demuestra la gran popularidad del tema en el momento. Una reseña del momento sobre este número es la de Sandoval (1979).

de la tierra: es la ganancia que se genera gracias a la distinta productividad que puede tener una misma inversión en tierras que son desiguales, dadas sus condiciones naturales (fertilidad) o su ubicación (Marx, 1976).

Los planteamientos de Marx sobre la renta de la tierra aparecieron publicados en el tomo III de *El Capital*, el cual fue editado y completado por Friedrich Engels (1976). Marx no llegó a revisar sus apuntes como solía hacerlo antes de publicar sus textos. Tienen un carácter fragmentario y no sistemático, lo cual propició el desarrollo de múltiples interpretaciones —a veces discrepantes entre sí. Por ejemplo, como se mencionó anteriormente, Roger Bartra empleaba el concepto de la renta de la tierra para argumentar que el campesinado mexicano, tras la reforma agraria posrevolucionaria, ocupaba el rol de terrateniente en tanto que se habían vuelto propietarios. Visto así, las estructuras agrarias constituían un freno para el desarrollo del capitalismo y, por eso mismo, terminarían por ser liquidadas. Bajo estas ideas, la renta de la tierra era vista como el resabio de un modo de producción no capitalista, como una condición heredada.

Armando Bartra, primo hermano de Roger Bartra y uno de los autores campesinistas más reconocidos, desarrolló una propuesta radicalmente distinta sobre la renta de la tierra (Bartra, A., 1976).²¹ Según el planteamiento

de Armando Bartra, las ideas sobre el campesinado de Roger Bartra y otros autores, como Michel Gutelman, partían de una lectura equivocada de Marx. Lo que le parecía grave es que de esa interpretación deducían una conclusión política equivocada: que la lucha por el reparto de tierras era una “ficción populista”. Él afirmaba que, si se usaba correctamente la teoría marxiana, podrían surgir análisis políticos acertados que apoyaran el movimiento campesino.

A partir de una relectura del tomo III de *El Capital* y de la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía* de Marx, Armando Bartra proponía abandonar el enfoque estructuralista y, en su lugar, adoptar uno histórico. Si se hacía esto, se podría ver que en realidad había un solo sistema, el capitalista, que contenía dentro de sí la economía campesina. Parte del problema del capitalismo era que la tierra tenía distintas calidades: las más fértiles, irrigadas y cercanas a los flujos del mercado debían ser arrendadas a un precio mayor, que reducía la ganancia. Para compensar lo pagado como renta por las mejores tierras y lograr mantener el desarrollo del capitalismo en la agricultura, se

²¹ Su artículo “La renta capitalista de la tierra”, publicado inicialmente en *Cuadernos Agrarios*, núm. 2 (1976), después fue reproducido en el núm. 7-8 [1979].

realizaba una apropiación de valor de aquello producido en las tierras pobres. Esto se lograba pagando un precio bajo por ellas que no lograba cubrir realmente el trabajo invertido. Armando Bartra abrevaba de ciertas hipótesis planteadas por Kostas Vergopoulos, economista e historiador griego afincado en Francia, quien habló de un “capitalismo disforme” para referirse a que el capitalismo requiere de mecanismos para sobrepasar las dificultades planteadas por la renta diferencial de la tierra (Vergopoulos, 1975).

Bajo el planteamiento de Armando Bartra, el proceso de producción campesino es subsumido dentro del ciclo del capital en la esfera de la circulación (Bartra A., 1979b). En este sentido, constituían una reserva de trabajo barato de la cual dependía una parte significativa de las ganancias de los capitalistas. Esto implicaba que los campesinos no eran una herencia histórica, sino que continuamente el propio capitalismo los refuncionalizaba. Asimismo, quería decir que eran parte importante del capitalismo global y no un modo de producción singular destinado a ser erradicado.

La abstracta, y por momentos árida, discusión sobre la renta de la tierra era central por las implicaciones que tenía. En realidad, lo que estaba detrás de ella era el problema de qué pasaría en el futuro con los campesinos. Según los planteamientos de Roger

Bartra, el campesinado, en tanto remanente de un modo de producción no capitalista, terminaría por ser aniquilado. En cambio, según las ideas de Armando Bartra, los campesinos resultaban útiles para el capitalismo y, por eso mismo, no desaparecerían. Cada una de estas posturas tenían, como se analizará más adelante, una implicación política. Mientras que para la primera los campesinos eran un sujeto social en vías de extinción, para la segunda eran un actor social explotado por el capitalismo al igual que el proletariado y, en consecuencia, con un potencial revolucionario.

En agosto de 1977, el consejo editorial de la revista *Cuadernos Agrarios* —el cual estaba conformado por Luisa Paré, Armando Bartra, Hubert Carton Grammont, Julio Moguel, Rosario Robles, Gisela Espinosa, entre otras personas— convocó a un encuentro en la Facultad de Economía de la UNAM para discutir el problema de las clases sociales en el campo mexicano (Paré, 1979). Más allá de las conferencias presentadas, este evento resultó fundamental porque al final se organizó una mesa redonda en la cual quedaron patentes algunos de los puntos, alrededor de los cuales se articuló la discusión sobre el campesinado mexicano a lo largo de la década de 1970. El primer punto era si el campesinado desaparecería o si continuaría existiendo en la medida en que el capital lo reproduciría y refuncionalizaría. El segundo punto giraba

en torno a la definición de las clases sociales en el campo, en concreto, en torno al campesinado y al proletariado agrícola, y a los distintos enfoques metodológicos que se podían usar, ya fuera partiendo de categorías netamente económicas o de la lucha de clases y el movimiento campesino. El tercer punto era abiertamente político: cuáles eran los papeles del campesinado y del proletario agrícola en un posible cambio revolucionario.

En la mesa redonda participaron varios autores que tuvieron un rol importante en el debate sobre la cuestión agraria durante esa época, entre los que destacan Sergio de la Peña, Armando Bartra, Héctor Díaz-Polanco, Arturo Warman, Gustavo Esteva y Javier Guerrero. Sus puntos de convergencia y diferencia permiten entrever la diversidad del panorama intelectual y político del momento con relación a la cuestión agraria.

Cuando se discutió en torno al futuro de los campesinos, el economista Sergio de la Peña asumió lo que él mismo y los otros denominaban una postura ortodoxa: argumentó que el campesinado, que había sido absorbido dentro del capitalismo, sufría un proceso de erosión y disolución. Afirmaba que, por tanto, la tendencia era hacia la desaparición de los campesinos. Por su parte, Armando Bartra criticó la idea de que el campesinado constituía un modo de producción que poco a poco el capitalismo subsumió dentro

de sí. Adelantando algunas de las ideas que desarrollaría más tarde en su libro *La explotación del trabajo campesino por el capital* (1979b), argumentaba que no existían dos modos de producción articulados, sino que el modo de producción capitalista reproducía relaciones socioeconómicas atípicas como la campesina (Bartra A., 1979b). El campesinado, en ese sentido, era producto de la reproducción del capitalismo y operaba bajo la ley económica de la máxima valorización del capital. Armando Bartra insistía que el capitalismo era constituido por la lucha de clases, en la cual la guerra campesina como proceso social había tenido un papel vital. Visto de esta forma, los campesinos eran construidos por el capitalismo, pero también constituyentes del mismo.

Por su parte, el antropólogo Arturo Warman reconocía que dentro del capitalismo existía una tendencia que buscaba erradicar al campesinado. Sin embargo, afirmaba: “lo que dudo es que tenga la capacidad, la posibilidad de renunciar como sistema a las áreas marginales donde se crean las condiciones de su reproducción en las áreas centrales” (Warman, 1979: 144). Pensaba que no habría un proceso de proletarización, sino más bien una reconstitución de los campesinos. Lo que se quería era obtener beneficios económicos y políticos de ellos. En una palabra: explotarlos.

Héctor Díaz-Polanco argumentaba que se debía hacer un análisis histórico y dejar de lado los análisis estructuralistas como el que hacían Roger Bartra y otros que abanderaban la teoría de la articulación de los modos de producción. Apoyaba la idea de que el campesinado no era una reminiscencia del pasado, de etapas históricas anteriores. Insistía en que era una creación del capitalismo. De alguna manera, retomaba una postura conciliadora. Aceptaba que existía una tendencia hacia la desaparición de los campesinos, pero también aceptaba que el sistema capitalista reducía el capitalismo. Esto es, había un proceso de proletarización, pero también de campesinización y recampesinización.

Cuando se discutió sobre las clases sociales en el campo, Armando Bartra argumentó que el campesinado era una clase en sí e incluso fue más allá, al afirmar que era una clase en crecimiento. Desde su perspectiva era central acercarse al tema de las clases sociales en el campo mirando sus manifestaciones políticas. Los campesinos, de hecho, luchaban por no proletarizarse, por mantenerse como clase.

En contraposición, Héctor Díaz-Polanco señalaba la existencia de un proletariado agrícola, que vendía su fuerza de trabajo y recibía un salario. Pero señalaba que, más allá de ciertas esquematizaciones, en realidad no se tenía demasiada información sobre este grupo social. Hacían falta estudios para

comprenderlos cabalmente. Por eso generaba sorpresa, por ejemplo, que los proletarios agrícolas participaran en movimientos relacionados a la reivindicación de la tierra, los cuales teóricamente no deberían interesarle al proletariado.

Mientras tanto, para Sergio de la Peña, los campesinos se convertían en asalariados sin tierra, en proletarios. Aunque eso implicaba que la acción de los grupos sociales tuviera que coincidir con su posición objetiva. Esto es, podía haber tanto obreros aburguesados como jornaleros campesinados.

Uno de los momentos más interesantes fue cuando tuvo lugar la discusión sobre la política concreta vinculada al tema del campesinado. Héctor Díaz-Polanco empleaba el término “fantasma” para describir cómo es que se manifestaba el descontento de los campesinos. Basándose en Lenin, afirmaba que estos solían construir “visiones mistificadas de un enemigo aparente o de una expresión puramente burocrática o formal de este enemigo” (Díaz-Polanco, 1979: 169). Sus condiciones de producción les impedían organizarse para la lucha política y no les permitían desarrollar una visión clara sobre su enemigo real: el capital. A diferencia de esta “visión opaca” del campesinado, el proletariado lograba, gracias a sus condiciones de producción, desarrollar una visión clara del enemigo real y, más importante

aún, “unificarse y organizarse como grupo de lucha” (Díaz-Polanco, 1979: 169).

En oposición, y haciendo clara alusión a todos los que afirmaban que se estaba dando una proletarización de los campesinos mexicanos, Armando Bartra argumentaba que decir que los explotados del campo estructuralmente son proletarios y que solo podrán emprender una lucha revolucionaria, si se sumaban a las luchas proletarias, era una tesis errónea y políticamente reaccionaria. Lo eran, desde su perspectiva, porque a partir de ellas podía sustentarse una política que combatiera la lucha por la tierra y que limitara la lucha campesina a organizaciones y demandas laborales. Así, más allá de las intenciones de los autores que la defendían, sus ideas le servían a la derecha puesto que, desde un supuesto marxismo, justificaban el desprecio que se le tenía al movimiento campesino de ese tiempo. Atacaba a quienes, en lugar de apoyar los movimientos campesinos que luchaban por la tierra, promovían la creación de sindicatos como la vía genuinamente revolucionaria y proletaria. Según él, quienes negaban el carácter revolucionario de los campesinos, pertenecían a una tradición que tenía un doble origen. Por un lado, el pensamiento de Vicente Lombardo Toledano, quien durante los 60 criticó el reparto agrario mexicano. Por otro lado, la Segunda Internacional, la cual insistió que, para arribar al socialismo, en un primer momento, se debía sustituir la alianza

entre obreros y campesinos contra la burguesía, por una alianza entre los proletarios y los burgueses contra el campesinado y otros residuos precapitalistas.

En esa misma línea, el antropólogo Javier Guerrero denunciaba que ningún partido de izquierda mexicano había volteado a ver al campesinado como vanguardia de una eventual revolución. Ni el Partido Comunista Mexicano ni el Partido Socialista de los Trabajadores tenían un programa agrario que guiara la lucha campesina. Aunado a este problema, estaba la amenaza de la corporativización, que era realizada por organizaciones ligadas al gobierno como la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Liga de Comunidades Agrarias. Argüía que la lucha por defender las parcelas era progresista, no reaccionaria, como algunos afirmaban. Representaba el interés de los campesinos entendidos como clase explotada. Llamaba a unir las luchas campesinas, con su “carácter anticapitalista espontáneo”, con las luchas del proletariado (Guerrero, 1979: 162). Para ello, era vital la construcción de un programa agrario que diera una dirección unificada.

Gustavo Esteva reafirmaba la potencialidad revolucionaria de los campesinos. Sus luchas, decía, eran anticapitalistas y combatían el régimen global de producción. Además, en lugar de relaciones de explotación, propiciaban relaciones de cooperación y solidaridad.

Estos principios de solidaridad, si bien no necesariamente socialistas, significaban el antecedente de una nueva sociedad. En palabras del propio Esteva:

Lo que estamos planteando entonces, es que en este caso los campesinos están formando ya el tipo de relaciones que pueden darse en una nueva sociedad, aunque esta nueva sociedad todavía no haya llegado, y que esta lucha de los campesinos que desarrollan este sistema de relaciones es una confrontación abierta con el régimen productivo que se resolverá dentro de correlación de fuerzas independientemente de los aspectos teóricos (1979: 164).

Esta mesa redonda, organizada por *Cuadernos Agrarios*, es un buen caso para observar con claridad que las discusiones sobre si existía tal cosa como un modo de producción mercantil simple, sobre si el campesino constituía una clase social o sobre la renta de la tierra tenían un marcado tinte político. Los distintos planteamientos teóricos implicaban una toma de postura en el contexto político mexicano de ese entonces.

Palabras finales o el ocaso de la polémica

A finales de 1983, Arturo Warman, uno de los más conocidos campesinistas, publicó un ensayo en la revista *Nexos* titulado “Invitación al

pleito”, en el cual argumentaba que durante los setenta se habían explicado las movilizaciones campesinas mediante el estudio de la economía agraria y, en concreto, del modelo capitalista desarrollado en México tras la presidencia de Miguel Alemán [1946-1952] (Warman, 1983).²² Para esto, se recurrió sobre todo al marxismo. Warman decía que había tenido especial importancia una “tradición crítica” del marxismo, la cual “se había enriquecido por la aparición de los materiales que había suprimido el estalinismo y sus secuelas”. Aquí hacía referencia a textos escritos por Marx como las *Formen*, los cuales permitieron teorizar sobre los modos de producción no capitalistas. Además del marxismo, se recurrió al trabajo de campo y la observación directa, los cuales permitieron incorporar la perspectiva de los campesinos a los estudios teóricos.

Warman hablaba del éxito que tuvieron los estudios sobre la cuestión agraria durante esa época y cómo sobrepasaron el mundo académico. Subrayaba que los estudios sobre el campesinado habían llegado a la prensa,

²² Este texto era parte de un dossier titulado “Nueva Polémica Agraria”. Estaba conformado por el texto de Warman, uno de Gustavo Esteva y una presentación de Héctor Aguilar Camín, quien entonces dirigía la revista (Aguilar, 1983; Esteva, 1983).

volviéndose un tema de interés público: se discutía el tema en distintos ámbitos, que incluían no solo los partidos políticos, incluido el PRI, sino también el gubernamental. En ese sentido, afirmaba: “Estábamos haciendo política. Nos sentíamos como los creadores de un pequeño Frankenstein, que al adquirir vida propia nos desconocía y a veces nos agredía”. Al mismo tiempo, celebraba la pluralidad de opiniones que habían existido. Sin embargo, se quejaba que el éxito de la discusión había hecho que se formaran corrientes. Se empezaron a crear bandos, los cuales establecieron una marcada distancia entre sí. Poco a poco la polémica se comenzó a llenar, más que de argumentos, de calificativos. Se desencadenó una “guerra de las citas” en las cuales las referencias se utilizaban como “garrotes”. En cierto punto, la discusión se congeló. Se convirtió, según Warman, “reiterativa y hasta ornamentalmente barroca”. Surgían nuevos textos, pero en realidad no aportaban nada nuevo. Repetían, dando algunos detalles extras, lo ya dicho anteriormente. “Los argumentos se volvieron densos y esotéricos, es decir para los iniciados”. Se volvió académica, dogmática, ideológica y lejana de los intereses del debate público. “Apareció el riesgo de que los adjetivos que nos endilgamos se volvieran epitafios” (Warman, 1983).

Lo que proponía Warman era volver al debate, pero utilizando nuevos términos y abando-

nando aquellos temas, conceptos y enfoques que le parecían ya superados. Sobre todo, lo que proponía era dejar de lado el concepto marxista del modo de producción. Reconocía que gracias a este se logró hablar del campesino como un sistema económico específico, racional y productivo. Sin embargo, desde su perspectiva, había dejado de servir. Se había convertido en una abstracción, en un tipo puro e ideal, ahistórico, haciendo que la discusión pasara a una lógica netamente especulativa. Según argumentaba Warman, se tenía desechar el concepto de modo de producción y el resto de categorías que estaban vinculadas al mismo como articulación, subsunción, precapitalismo o externalidad; pero también abandonar el problema de la renta de la tierra, porque propiciaba una discusión netamente teórica, cargada de modelos matemáticos y alejada de la realidad.

Frente a esto, llamaba a salir de la discusión sobre la desaparición o continuidad de los campesinos. Si bien era claro que algo estaba cambiando, no era una desaparición del campesinado. Lo que se tenía que hacer era, más que buscar o crear categorías, analizar y describir el fenómeno: emprender estudios concretos. Proponía ciertos temas sobre los cuales habría que poner especial énfasis: los movimientos campesinos, la organización social de la clase campesina, la naturaleza del ejido, el papel del Estado en el campo. Pero les dedicaba un lugar preponderante a

dos. Primero, la cuestión étnica y cultural de los campesinos, esto es, el vínculo entre el indigenismo y la cuestión campesina. Segundo, la dimensión ecológica de la producción rural. Apuntaba que la destrucción de la naturaleza estaba vinculada al problema del aumento de la productividad impulsado por la burguesía agraria:

La destrucción y el saqueo de los recursos territoriales son elementos centrales para la comprensión de la posición, del quehacer y de las demandas de los campesinos. La desaparición de los bosques, las modificaciones en el clima y en las lluvias, la extinción de la fauna y de especies vegetales silvestres, el agotamiento de los mantos acuíferos, la desertificación, son condiciones que favorecen y configuran la explotación del campesino y su resistencia. Ciertamente esos no son fenómenos accidentales del crecimiento y de la modernización sino resultados de los intereses de grupos precisos y de la reproducción de su capital (Warman, 1983).

Más allá de los temas concretos que llamaba a estudiar, lo que proponía era alejarse del dogmatismo, el academicismo y la especulación. Dejar atrás la teoría y acercarse a la realidad. Sobre todo, apartarse de lo que llamaba la “ideología”, pero que en realidad quería decir el marxismo.

El llamado de Warman por reactivar la discusión sobre la cuestión campesina recibió una pobre respuesta. Los que contestaron, en realidad, respondieron con argumentos y conceptos previamente utilizados (Coello, 1983; De la Peña, 1984). De cierta manera, la reacción al texto comprobó que tenía razón en uno de sus argumentos: la discusión sobre el campesinado estaba estancada.

Si bien no se dejaron de publicar textos sobre la cuestión agraria, en los años subsiguientes cambiaron los enfoques y las temáticas. La polémica sobre el futuro del campesinado y sobre los modos de producción no capitalistas pasaron a un segundo plano. Se dejó de discutir paulatinamente sobre la estructura agraria y sobre las distintas clases sociales del campo. De alguna manera, terminó pasando lo que pedía Warman: los conceptos marxistas paulatinamente comenzaron a ser sustituidos por otras categorías analíticas y otros andamiajes teóricos.

En la década de 1980, como ha señalado Luisa Paré, la discusión sobre la cuestión agraria efectivamente comenzó a girar en torno a problemas más concretos y coyunturales. Por ejemplo, se escribió sobre la política agropecuaria del país y, concretamente, sobre el Sistema Alimentario Mexicano (SAM); sobre la autosuficiencia alimentaria; sobre sectores particulares como la ganadería, el café o el maíz; sobre las organizaciones y los movi-

mientos campesinos; sobre la cuestión étnica; sobre el papel de la mujer en el campo; sobre el manejo de recursos naturales y el etnoconocimiento, por solo mencionar algunos (Paré, 1991: 15-22).

En octubre de 1987, tuvo lugar un gran coloquio académico en Zamora, Michoacán, sobre las sociedades rurales. Fue organizado por El Colegio de Michoacán y se presentaron cerca de cuarenta ponencias por personas provenientes de distintas tradiciones intelectuales y afiliaciones políticas. Al revisar los trabajos presentados, se percibe un cambio radical en los temas y las problemáticas. La discusión entre campesinistas y descampesinistas, sucedida durante la década de 1970, era mencionada como una vieja polémica, propia del pasado (Canales, 1988b). Las ponencias estaban dedicadas a temas variados, entre los cuales estaban el papel de la mujer en el campo, la migración, el movimiento campesino, la política agropecuaria, los procesos electorales. Jorge Zepeda Patterson escribió, a manera de introducción del libro que compiló, parte de las ponencias de este coloquio con un balance sobre los estudios del campo en México (Zepeda, 1988). También afirmaba que la polémica sobre la cuestión agraria había llegado a un atolladero, debido a que su fuerte componente teórico había imposibilitado llegar a consensos. Por eso, para salir del “entrampamiento de la teoría”, se comenzó a hacer estudios de si-

tuaciones concretas, con el ánimo de saber lo que estaba sucediendo.

Desde la perspectiva de Zepeda Patterson, los estudios de los ochenta podían agruparse en tres tendencias. En primer lugar, un grupo de estudios globales, la mayoría hechos por economistas que buscaban las razones de la crisis del campo mexicano y que solían poner un énfasis en análisis del proceso de transnacionalización de la agricultura y de la burocracia agropecuaria. En segundo lugar, casi siempre siguiendo una perspectiva antropológica, ubicaba a los estudios que buscaban explicar la composición de la sociedad rural y que prestaban atención a la diversidad existente, por lo cual proponían una serie de tipologías con especial atención a las especificidades regionales. Aquí incluía distintos trabajos enfocados en temas sobre la migración y el papel de las mujeres en el campo. Por último, señalaba los estudios que, siguiendo una orientación sociopolítica, se centraban en el estudio de los movimientos campesinos, las organizaciones de productores y la relación entre el Estado y los actores rurales.

Más allá de la clasificación de los estudios agrarios propuesta por Zepeda Patterson, lo claro es que en México, a lo largo de la década de 1980, los temas en los cuales se enfocó la polémica entre los llamados descampesinistas y los campesinistas fueron dejados de lado y, sobre todo, el marxismo fue abando-

nado paulatinamente como andamiaje teórico y conceptual desde el cual interpretar el mundo agrario.

Como se mostró, para Warman la polémica entre descampesinistas y campesinistas menguó porque se volvió demasiado oscura. En 2020, casi cincuenta años después de la publicación de sus primeros textos sobre el tema, Roger Bartra esbozó otra posible explicación (2020). Según él, la polémica no había desaparecido por su densidad teórica, cuestión que le parecía falsa ya que, durante los setenta, las abstracciones discutidas estaban vinculadas a posiciones y estrategias políticas concretas. Desde su perspectiva, se había dejado de discutir sobre los campesinos, y concretamente sobre su “carácter estrictamente revolucionario”, porque habían dejado de tener un peso en la política y la economía nacional. En sus propias palabras: “La parte propiamente campesina de la población rural tiene muy poco peso y sigue teniendo una función complementaria como proveedora de mano de obra temporal para el sector capitalista de la agricultura o de la construcción” (Bartra, R., 2020: 15). Efectivamente, se había dado un proceso de descampesinización en México, aunque se usaran otros términos como desagrarización para hablar del fenómeno.²³ En este sentido, Roger Bartra afirmaba que la polémica se debilitó porque él y el resto de los descampesinistas al final tuvieron la razón: con el pasar del tiempo,

los campesinos desaparecieron y, por tanto, dejaron de ser el centro de atención de los debates intelectuales.

Sin querer dilucidar si la apreciación de Roger Bartra sobre la desaparición de los campesinos es correcta o no, la realidad es que a partir de principios de los ochenta sucedieron en México una serie de cambios importantes con relación al campo y a los campesinos. Primero, la agricultura mexicana entró en un proceso de transformación profunda, fomentado por la industrialización y la transnacionalización. Segundo, las políticas gubernamentales relacionadas al campo tuvieron un viraje importante en tanto el agrarismo oficialista fue abandonado y, en su lugar, se adoptaron una serie de medidas de corte neoliberal: en 1982, el Sistema Alimentario Mexicano fue cancelado; en 1986, México se adhirió al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), lo cual implicó la liberalización del comercio y la reducción de medidas estatales que resultarían un obstáculo, tales como los subsidios y apoyos al sector agropecuario;

²³ Muy probablemente Roger Bartra hace referencia, sin mencionarlos directamente, a autores como Hubert Carton de Grammont, quienes mantuvieron una posición “campesinista” dentro la polémica durante los setenta y que, en tiempos más recientes, hablan de “desagrarización”. Véase: Hubert Carton de Grammont (2009).

en 1991, el Estado mexicano decretó el fin de la reforma agraria, y se realizaron modificaciones sustanciales al artículo 27 de la Constitución para que se pudieran vender y rentar las tierras ejidales, y para que los ejidos pudieran recibir inversiones de capitales nacionales y extranjeros. Tercero, si bien no estuvo ausente por completo de la escena política, el movimiento campesino perdió fuerza.

En paralelo a estos procesos, dentro del ámbito intelectual se comenzó a hablar de una “crisis del marxismo”. Si bien este tema estaba presente desde hace algunos años en el contexto europeo, fue a principios de los ochenta que la discusión —que tenía tanto— se manifestó en México y en otros países de América Latina. La problemática, que presentaba tanto un componente teórico como uno político, tuvo varias aristas: se comenzó a cuestionar si realmente eran socialistas los países que afirmaban serlo; se dudó de la estrategia política propuesta hasta entonces por el marxismo; se recaló la importancia de la democracia y que, sin ella, solamente se tendría un capitalismo de Estado dictatorial; se cuestionó qué tanto podría hablarse de un marxismo más allá del socialismo “realmente existente” (Cortés, 2014: 139-163). Esta crisis teórico-política del marxismo no hizo más que profundizarse a partir de finales de la década de 1980 y principios de los 90, cuando el Muro de Berlín se derrumbó y, en el caso concreto de México, el Partido Comunista Mexicano se unió con

otras fuerzas de izquierda y su carácter socialista se fue diluyendo (Modonesi, 2017).

Para decirlo pronto, en la década de 1980 sucedieron importantes transformaciones en el campo y en el movimiento campesino mexicano y, en paralelo, el marxismo como tradición intelectual y política entró en crisis. Probablemente sea en la entremezcla de estos factores que pueda encontrarse la respuesta más clara del porqué la polémica entre los descampesinistas y campesinistas se fue desvaneciendo poco a poco y, asimismo, del porqué el marxismo como andamiaje teórico y conceptual para analizar la cuestión agraria pasó a un segundo plano.

Como se ha querido mostrar a lo largo de estas páginas, la polémica entre los descampesinistas y campesinistas sucedida en México durante la década de 1970 es un episodio importante —aunque a menudo desatendido por la literatura especializada— del proceso de desviación-universalización del marxismo del que se habló en un inicio. Su historia, enmarcada por un auge y un ocaso, permite observar tanto la originalidad teórica que tuvo el marxismo mexicano durante los 70, como la crisis en la que entró esta tradición intelectual a partir de inicios de la década de 1980. Y, quizá aún más relevante, nos recuerda que suele existir una íntima y estimulante relación entre los momentos insurreccionales y la innovación en la producción teórica.

Archivos

Archivo de la editorial ERA

Archivo personal de Roger Bartra

Entrevistas

Entrevista a Luisa Paré, 18 febrero 2022.

Entrevista a Armando Bartra, 28 marzo 2022.

Entrevista a Roger Bartra, 3 abril 2022.

Bibliografía

Aguilar Camín, Héctor, 1983. “La nueva polémica agraria”, *Nexos* 71 (noviembre 1983).

Althusser, Louis y Étienne Balibar, 1965. *Lire le Capital*. París: Éditions François Maspero.

_____, 1969. *Para leer el capital*. México: Siglo XXI.

Amin, Samir, 1971. *L'accumulation à l'échelle mondiale*. París: Éditions Anthropos.

_____, 1975. “El capitalismo y la renta de la tierra. La dominación del capitalismo sobre la agricultura”. En Samir Amin y Kostas Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*. México: Nuestro Tiempo.

Bartra, Armando, 1976. “La renta capitalista de la tierra”. *Cuadernos Agrarios* (2) (abril-junio 1976).

_____, 1979a. “El ascenso del movimiento campesino”. En Luisa Paré (coord. y presentación), *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*. México: Macehual / Cuadernos Agrarios / Instituto de Investigaciones Sociales / Facultad Ciencias Políticas y Sociales UNAM.

_____, 1979b. *La explotación del trabajo campesino*

por el capital. México: Macehual / Comité de Publicaciones de los Alumnos de la ENAH.

_____, 1985. *Los herederos de Zapata: Movimientos campesinos posrevolucionarios en México, 1920-1980*. México: ERA.

Bartra, Roger, 1964. "Ascenso y caída de Teotihuacán. Una hipótesis". *El Gallo Ilustrado* (8) (noviembre 1964).

_____ (ed.), 1969. *El modo de producción asiático. Antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales*. México: ERA.

_____, Elio Alcalá y Francisco Gavidia, 1970. *El agro andino venezolano*. 6 vols. Mérida: Universidad de los Andes. [Mimeografiado].

_____, 1971. "La estructura de clases en el agro andino venezolano". *Revista Mexicana de Sociología* 33 (4): 661-677.

_____, 1973. *Breve diccionario de sociología marxista*. México: Grijalbo.

_____, 1974a. *Estructura agraria y clases sociales en México*. México: ERA.

_____, 1974b. "Modos de producción y estructura agraria subcapitalista en México". *Historia y Sociedad*. Segunda época (1) (primavera 1974): 23-30.

_____, 1975a. "Apéndice. Algunas denuncias de cacicazgos desde 1970". En Roger Bartra *et al.*, *Caciquismo y poder político en el México rural*. México: UNAM-IIS / Siglo XXI: 195-199.

_____ *et al.*, 1975b. *Caciquismo y poder político en el México rural*. México: UNAM-IIS / Siglo XXI.

_____, 1975c. "La teoría del valor y la economía campesina: invitación a la lectura de Chayanov". *Comercio exterior* 25 (5) (mayo 1975).

_____, 1975d. *Marxismo y sociedades antiguas*. Colección 70, número 142. México: Grijalbo.

_____, 1975e. "Y si los campesinos se extinguen... (reflexiones sobre la coyuntura política de 1976 en México)". *Historia y Sociedad*. Segunda época (8).

_____, 1976. “Notas para fomentar una polémica”. *Historia y sociedad* (10).

_____, 1977. “Comentario: clases sociales y crisis política en México”. En Raúl Benítez Zenteno (coord.), *Clases sociales y políticas en América Latina* (seminario de Oaxaca). México: Siglo XXI.

_____, 1982. “Notas para un programa agrario”. En Roger Bartra, *Campesinado y poder político en México*. México: ERA.

_____, 2020. “Prólogo a la presente edición”. En Roger Bartra, *Estructura agraria y poder político en México*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Bataillon, Gilles, 2005. “Voyage au sein de la gauche mexicaine: Roger Bartra, un observateur engagé”. *Communisme*. “Les formes du communisme mexicain” (83-84) (septiembre-diciembre 2005).

Campa S., Valentín, 1978. *Mi testimonio. Experiencias de un comunista mexicano*. México: Ediciones de Cultura Popular.

Canales, Alejandro, 1988a. “El agro mexicano: viejas y nuevas polémicas”. En Jorge Zepeda Patterson (ed.), *Las sociedades rurales hoy*. Zamora, Mich.: El Colegio de Michoacán / Conacyt.

_____, 1988b. “Viejas y nuevas polémicas”. En Jorge Zepeda Patterson (ed.), *Las sociedades rurales hoy*. México: El Colegio de Michoacán / Conacyt.

Carton de Grammont, Hubert, 2009. “La desagrarización del campo mexicano”. *Convergencia* 16 (50) (mayo-agosto 2009).

Chayanov, A. V., 1966. *The Theory of Peasant Economy*. Daniel Thorner, Basile Kerblay y R. E. F. Smith (eds.), Homewood, Illinois: The American Economic Association / Richard D. Irwin, Inc.

Coello, Manuel, 1975. “Caracterización de la pequeña producción mercantil campesina”. *Historia y Sociedad* (8): 3-19.

_____, 1983. “La pequeña diferencia”. *Nexos* (72) (diciembre 1983).

Concheiro Bórquez, Elvira y Carlos Payán Verver (comps), 2014. “XVII Congreso del Partido Comunista Mexicano (9-14 de diciembre

de 1975). Resolución política acerca del primer punto del orden del día”. En Elvira Concheiro Bórquez y Carlos Payán Verver (comps), *Congresos Comunistas. México 1919-1981*. México: Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal.

Concheiro, Luciano y Ana Sofía Rodríguez, 2015. *El intelectual mexicano: una especie en extinción*. México: Taurus.

Cortés, Martín, 2014. “Contactos y diferencias: la “crisis del marxismo” en América Latina y en Europa”. *Cuadernos Americanos* (148).

De la Peña, Sergio, 1984. “Los prejuicios campesinistas”. *Nexos* (74) (febrero 1984).

Díaz-Polanco, Héctor, 1976. “Reseña de “Estructura agraria y clases sociales de Roger Bartra”. *Nueva Antropología* I (3) (enero 1976): 115-119.

_____, 1979. “Mesa redonda”. En Luisa Paré (coord. y presentación), *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*: 169.

Dunn, Stephen P., 2012. *The Fall and Rise of the Asiatic Mode of Production*. Londres: Routledge.

Engels, Frederick, 1976. “Prólogo”. En Karl Marx, *El Capital*. Tomo III. Vol. 6. Libro tercero. Pedro Scaron (ed.), León Mames (trad.). México: Siglo XXI.

Esteva, Gustavo, 1976. “La agricultura en México de 1950 a 1975: el fracaso de una falsa analogía”. *Comercio Exterior* 25 (12).

_____, 1978. “¿Y si los campesinos existen?”. *Comercio Exterior* 28 (6) (junio 1978): 699-713.

_____, 1979. “Mesa redonda”. En Luisa Paré (coord. y presentación), *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*: 164.

_____, 1983. “Los campesinos existen”. *Nexos* (71) (noviembre 1983).

Feder, Ernest, 1977. “Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado. Primera parte”. *Comercio Exterior* 27 (12) (diciembre 1977): 1439-1446.

_____, 1978. “Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado. Segunda parte”. *Comercio Exterior* 28 (1) (enero 1978): 42-51.

Gallart, María Antonieta y Teresa Rojas Rabiela, 2004. *Arturo Warman. Biobibliografía*. México: UNAM.

Guerrero, Javier, 1979. “Mesa redonda”. En Luisa Paré (coord. y presentación), *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*: 162, 164.

Gutelman, Michel, 1974. *Capitalismo y reforma agraria*. México: ERA.

Hewitt de Alcántara, Cynthia, 1984. *Anthropological Perspectives on Rural Mexico*. Londres y Nueva York: Routledge.

Illades, Carlos, 2017. “La renovación del marxismo”. En Carlos Illades (comp.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*. México: Fondo de Cultura Económica.

_____, 2021. “Las cuatro transformaciones de Bartra”. *Gatopardo* (27 abril 2021).

Krantz, Lasse, 1977. “El campesino como concepto analítico”. *Nueva Antropología* II (6) (julio 1977): 87-98.

Lenin, V. I., 1974. *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación del mercado interior para la gran industria*. Moscú: Progreso.

León, Samuel e Ignacio Marván, 1989. “El movimiento popular en México: 1970-1983. Síntesis y perspectivas”. En Daniel Camacho y Rafael Menjívar (coord.), *Los movimientos populares en América Latina*. México: Siglo XXI / Universidad de las Naciones Unidas.

Lewis, Oscar, 1951. *Life in a Mexican village: Tepoztlán restudied*. Urbana: University of Illinois Press.

Lucas, Ann, 1982. “El debate sobre los campesinos y el capitalismo en México”. *Comercio Exterior* 32 (4) (abril 1982).

Marx, Karl, 1976. *El Capital*. Tomo III. Vol. 6. Libro tercero. Pedro Scaron (ed.), León Mames (trad.). México: Siglo XXI.

Modonesi, Massimo, 2017. “La crisis histórica de los comunistas

mexicanos”. En Carlos Illades (comp.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*. México: Fondo de Cultura Económica.

Montes de Oca Luján, Rosa Elena, 1977. “La cuestión agraria y el movimiento campesino: 1970-1976”. *Cuadernos Políticos* (14) (octubre-diciembre 1977).

Moreno Alcántara, Beatriz, María Gabriela Garret Ríos y Ulises Julio Fierro Alonso, 2006. *Otomíes del Valle del Mezquital*. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.

Muñoz Basilio, Maurilio, 2009. *Fuentes para la historia del indigenismo en México: diarios de campo de Maurilio Muñoz en la Cuenca del Papaloapan (1957-1959)*. México: CDI.

Nahmad y Sittón, Salomón, 2009. “Estudio introductorio”. En Maurilio Muñoz Basilio, *Fuentes para la historia del indigenismo en México: diarios de campo de Maurilio Muñoz en la Cuenca del Papaloapan (1957-1959)*. México: CDI.

Otero, Gerardo, 1978. “Economía campesina y articulación-destrucción de modos de producción”. *Cathedra* (7) (enero-marzo 1978): 31-46.

Palerm, Ángel, 1980. *Antropología y marxismo*. México: Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia / Nueva Imagen.

Paré, Luisa, 1975. “Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla”. En *Caciquismo y poder político en el México rural*. México: UNAM-IIS / Siglo XXI.

_____, 1977. *El proletariado agrícola en México. ¿Campesinos sin tierra o proletarios agrícolas?* México: Siglo XXI.

_____ (coord. y presentación), 1979. *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*. México: Macehual / Cuadernos Agrarios / Instituto de Investigaciones Sociales / Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM.

_____, 1991. “El debate sobre el problema agrario en los setenta y ochenta”. *Nueva Antropología* XI (39).

Paget-Clarke, Nic, 2006. “Interview with Gustavo Esteva. The Society of the Different”. *In Motion Magazine* (8 abril 2006).

- Pedroza Ortega, Luis Ozmar, 2018. “El Sistema Alimentario Mexicano: su acción en el campo y en la alimentación, 1980-1982”. *Revista de Historia y Geografía* (39): 21-48.
- Poulantzas, Nicos, 1968. *Pouvoir politique et classes sociales de l'état capitaliste*. París: François Maspero.
- _____, 1969. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.
- Pozas, Ricardo e Isabel Horcasitas, 1971. *Los indios en las clases sociales de México*. México: Siglo XXI.
- Redfield, Robert, 1930. *Tepoztlan: A Mexican Village*. Chicago: Chicago University Press.
- _____, 1941. *The Folk Culture of Yucatan*. Chicago: University of Chicago Press: 293-308.
- _____, 1947. “The Folk Society”. *American Journal of Sociology* 52 (enero 1947).
- _____, 1956. *Peasant society and culture: an anthropological approach to civilization*. Chicago: University of Chicago Press.
- Reina Aoyama, Leticia, 2010. *Los movimientos indígenas y campesinos*. México: Nostra.
- Rello E., Fernando, 1976. “Modo de producción y clases sociales”. *Cuadernos políticos* (8) (abril-junio 1976).
- Revista Cuadernos Agrarios* 4 (7-8) (marzo 1979).
- Rey, Pierre-Philippe, 1973. *Les alliances de classes: Sur l'articulation des modes de production, suivi de Matérialisme historique et luttes de classes*. París: François Maspero.
- _____, 1976. *Las alianzas de clase*. México: Siglo XXI.
- Rodríguez Kuri, Ariel, 2021. “Las fundaciones de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Enunciación y estrategia de un grupo de la guerrilla urbana mexicana”. Manuscrito.
- Salas Obregón, Ignacio (Oseas), 1978. *Apreciaciones iniciales sobre el movimiento revolucionario en el campo*. Armed Revolutionary Organizations in Mexico Documents. MSS 523. Special Collections & Archives, UC San Diego. México: Brigada Roja.

- Sandoval, Roberto, 1979. “¿Campesinistas, descampesinistas o trabalenguas?”. *Nexos* (agosto 1979).
- Schejtman, Alejandro, 1981. “El agro mexicano y sus intérpretes”. *Nexos* (marzo 1981).
- Semo, Enrique, 1974. “Marxismo y problema agrario”. *Historia y Sociedad*. Segunda época (4) (invierno 1974).
- Stanziani, Alessandro, 2004. “Čajanov, Kerblay et les shestidesiatniki: une histoire globale?”. *Cahiers du monde russe* 45 (3-4).
- Stavenhagen, Rodolfo, 1969. *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. México: Siglo XXI.
- _____, 1979. “México: minorías étnicas y política cultural”. *Nexos* (julio 1979).
- _____, 1986. “Cultura y sociedad en América Latina: una revaloración”. *Estudios Sociológicos* 4 (12) (septiembre-diciembre 1986): 445-457.
- Suárez Dávila, Francisco, 2017. “Bancomext: creación, auge, supervivencia y ¿renacimiento?”. *Comercio Exterior Bancomext*, Nueva época (11) (julio-septiembre 2017).
- Vergopoulos, Kostas, 1975. “Capitalismo disforme: el caso de la agricultura en el capitalismo”. En Samir Amin y Kostas Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*. México: Nuestro Tiempo.
- Warman, Arturo, 1979. “Mesa redonda”. En Luisa Paré (coord. y presentación), *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*: 144.
- _____, 1983. “Invitación al pleito”. *Nexos* (71) (noviembre 1983).
- Wasserstrom G., Robert, 1976. “La investigación regional en las ciencias sociales: una perspectiva chiapaneca”. *Historia y Sociedad*. Segunda época (9).
- Wolf, Eric R., 1955. “Types of Latin-American Peasantry”. *American Anthropologist* 57.
- _____, 1966. *Peasants*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

Zavaleta, Rene, 1974. *El poder dual en América Latina*. México: Siglo XXI.

Zepeda Patterson, Jorge, 1988. “Los estudios sobre el campo en México”. En Jorge Zepeda Patterson (ed.), *Las sociedades rurales hoy*. México: El Colegio de Michoacán / Conacyt.

Žižek, Slavoj, 2010. “Mao Tse-tung, el señor marxista del desgobierno”. En Mao Tse-tung, *Sobre la práctica y la contradicción*. Madrid: Akal.